SS
SERVICIO SECRETO

KEITH LUGER

CRIMEN AL AMANECER

Las ruedas delanteras se resistían a salir de la depresión llena de fango y agua. Mark Barrie intentó por quinta vez sacar el automóvil del atolladero. El motor zumbó, con teda su potencia, pero de nuevo las ruedas giraron velozmente sin salvar el obstáculo.

Barrie soltó una retahíla de imprecaciones contra aquel camino vecinal. Eran las nueve de la noche, y lo peor de todo era que la tormenta arreciaba. Ahora caían sobre la tierra toneladas de agua. A través del parabrisas no veía ni una luz que indicase la proximidad de una casa.

Sacó su petaca de *whisky*, comprobando que aún le quedaban dos dedos de licor. Bebió un pequeño trago, dejando el resto para luego, y encendió un cigarrillo.



Keith Luger

Crimen al amanecer

Bolsilibros: Servicio Secreto - 548

ePub r1.0
jala y xico_weno 06.02.18

Título original: *Crimen al amanecer*
Keith Luger, 1961
Ilustraciones: Rafael Cortiella

Editor digital: jala y xico_weno
ePub base r1.2





Keith Luger

Crimen al amanecer

1ª. EDICIÓN

FEBRERO 1961

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

CRIMEN al AMANECER

por

KEITH LUGER



CAPÍTULO PRIMERO

Las ruedas delanteras se resistían a salir de la depresión llena de fango y agua Mark Barrie intentó por quinta vez sacar el automóvil del atolladero. El motor zumbó, con teda su potencia, pero de nuevo las ruedas giraron velozmente sin salvar el obstáculo.

Barrie soltó una retahíla de imprecaciones contra aquel camino vecinal. Eran las nueve de la noche, y lo peor de todo era que la tormenta arreciaba. Ahora caían sobre la tierra toneladas de agua. A través del parabrisas no veía ni una luz que indicase la proximidad de una casa.

Sacó su petaca de *whisky*, comprobando que aún le quedaban dos dedos de licor. Bebió un pequeño trago, dejando el resto para luego, y encendió un cigarrillo.

Bien; ¿qué podía hacer? El último pueblo por el que había pasado se hallaba treinta millas atrás, y la estación de servicio a unas dieciséis. Al instante abandonó toda idea de retroceder. En la estación le habían anunciado que el próximo pueblo era Centerville, a veinte millas. Por lo tanto, ahora debía encontrarse a cuatro de la localidad.

Encendió un cigarrillo y puso la radio, escuchando las suaves notas de un ritmo lento.

Bueno, ¿por qué no recorría aquellas cuatro millas? Después de todo, tenía su impermeable. Todo consistía en mojarse un poco, pero luego tendría *whisky* y una buena cama.

Valía la pena.

Poco después saltaba del coche, con las llaves de ignición en el bolsillo, y dejando las puertas bien cerradas. Tampoco se llevó la valija. ¿Para qué? A la mañana siguiente enviaría a alguien desde el pueblo para que se hiciese cargo de todo, y esa persona le llevaría el

coche al hotel.

El agua le azotó la cara, y se hundió el sombrero de fieltro, bajando el ala sobre los ojos.

De pronto, metió el pie en un charco y cayó al suelo, sintiendo un agudo dolor en el tobillo.

Soltó otra maldición, y al tratar de incorporarse, el tobillo le dolió mucho.

¡Infiernos! ¿Acaso se lo habría quebrado? Sólo le faltaba eso.

Dio unos pasos comprobando que podía andar, aunque dificultosamente.

Cien yardas más allá se detuvo para tocarse el tobillo, y se dio cuenta de que se estaba inflamando. Apuró el *whisky* del frasco y arrojó éste lejos.

Pensó en volver al coche, pero si se encerraba en él nadie vendría en su ayuda.

No; debía seguir. Ahora le dolía menos. Eso era lógico; ocurría siempre. Si se detenía, empezarían otra vea las ondas lacerantes. Lo único que necesitaba su tobillo era calor, y él se lo podía proporcionar andando muy deprisa, así, como ahora.

Llevaba quince minutos de camino, cuando se detuvo al ver a su derecha, muy lejos, una luz.

Dios dos pasos y miró en la misma dirección. La luz había desaparecido.

Se movió otra vez, y la luz volvió a aparecer ante sus ojos. Sí; no tuvo ninguna duda; allá abajo había una casa.

Dio un suspiro de alivio y se apartó del camine vecinal. Entonces comprendió por qué momentos antes la luz desaparecía. Cruzaba un bosquecillo de álamos, y la casa se encontraba al otro lado.

Un relámpago iluminó el cielo, y con un tableteo ensordecedor el trueno se fue perdiendo a lo lejos. El cielo arrojó más agua.

Mark imprimió velocidad a sus piernas, aunque sin llegar a correr. Todo estaba muy oscuro, y no quería exponerse a otra caída, que podía ser fatal para su tobillo lastimado.

Cuando salió del bosque se detuvo. Otro relámpago iluminó el cielo, y entonces pudo ver la casa.

Sintióse profundamente decepcionado, porque sólo se trataba de unas ruinas. Un gran trozo de fachada principal había caído, pero más allá había un muro que continuaba casi totalmente en pie.

Justamente a la derecha vio un hueco, donde antes existió una ventana, y a través de él brillaba la luz de la hoguera.

Acercóse lentamente, sin preocuparse ahora de la lluvia que le caía encima.

Se detuvo cerca del hueco y entonces vio, sentado sobre un montón de laja, contra la pared, a un hombre de unos cincuenta años de edad, que vestía pobremente y calzaba botas muy gastadas. En la suela de la derecha mostraba un agujero. Su cabello estaba mojado, y la cara era alargada, la nariz aguileña, la barba crecida y la boca pequeña, de labios gruesos. La chaqueta resultaba ancha para sus estrechos hombros, y bajo ella se veía una camisa a cuadros que estaba abierta por el cuello.

Tenía unas alforjas a su izquierda, en el suelo, y de ellas sacaba trozos de pan que mojaba en algo contenido en una lata, y que después engullía con mucha prisa.

Mark se movió, produciendo un ruido.

El barbudo se quedó quieto al pronto, con los ojos fijos en la lata donde mojaba el pan; pero luego los alzó, mirando al hueco. No mostró ninguna sorpresa al ver allí a un hombre, pero transcurrieron unos cuantos segundos antes de que hablase.

—¿Qué hace ahí? Entre.

Mark se volvió hacia la izquierda, para entrar por la parte del muro que estaba más baja.

—Tenga cuidado con los cascotes —oyó que le decía el vagabundo.

Poco después se encontró ante él.

—Buenas noches —le saludó.

—Acomódese. Creo que no me equivoco si le digo que la tormenta durará un buen rato.

Mark observó la hoguera y un poco más allá un haz de ramas secas.

—Siempre estoy preparado —le explicó el desconocido—. Dejo una buena carga de leña porque sé que la he de necesitar… ¡Ah! Mi nombre es Sam Harvey.

—Mark Barrie.

Se quitó el impermeable que chorreaba agua y lo dejó sobre la paja. Luego se sentó a una yarda del vagabundo.

—¿Se averió su coche? —preguntó Sam Harvey.

—Metí el eje delantero en un bache.

—Es un mal camino. —Harvey señaló sus alforjas—. Sólo puedo ofrecerle unos trozos de pan duro y un poco de salsa de tomate.

—Gracias; ya cené en la última estación de servicio que dejé atrás.

—Con permiso —dijo Sam Harvey, y continuó comiendo.

Mark sacó el paquete de cigarrillos y encendió uno, arrojando una bocanada de humo. Empezaba a sentir punzadas en el tobillo, y se levantó la pernera del pantalón, manchada de barro, bajándose el calcetín. Ahora el tobillo estaba más inflamado que antes.

—¿Se lastimó? —preguntó Harvey.

—Sí, pero no creo que tenga importancia.

Harvey se metió un trozo de pan con tomate en la boca y, mientras masticaba, preguntó:

—¿A dónde va?

—A Atlanta.

—Eligió mal el camino. Debió seguir por la carretera de Augusta.

—Me desvié en Lexington porque quise saludar a un amigo que vive en Calhoum Falls.

—Entiendo. —Sacó otro mendrugo de las alforjas.

Mark le observó, entre una nubecilla de humo. Los ojos del vagabundo brillaban mucho, y sus sienes estaban ligeramente hundidas.

—¿Es usted de por aquí, Harvey?

Harvey se chupó un dedo.

—No, no soy de aquí, pero llevo muchos años recorriendo la comarca. No sé cuántos.

Quizá sean ocho o diez, y hasta es posible que trece… No llevo la cuenta, ¿sabe?

—¿A qué distancia está Centerville?

—Tres o cuatro millas. Sólo hay que subir un monte que hay a la derecha y al fondo se ve el pueblo.

Barrie sacudió la cabeza.

—Creo que me atreveré a ir allá.

—¿Con este tiempo…? No lo intente, amigo. Antes de llegar a la colina tiene que pasar por un arroyo que ahora está convertido en un verdadero torrente. Cuando no llueve, es fácilmente vadeable

por cualquier sitio, pero ahora tendrá que ir por el puente que hay en la carretera; y eso supondrá otras dos millas.

Mark dio una profunda chupada al cigarrillo.

—Esperaré un poco.

—Claro que sí. Es lo que le conviene.

Guardaron silencio durante un rato. Harvey terminó de comer, pues ya no le quedaba nada en la lata; y apartó ésta de un puntapié, enviándola al otro lado de la habitación. Luego empezó a buscarse en los bolsillos, y, finalmente, sacó un doblado cigarrillo que empezó a enderezar.

Mark le alargó el paquete sin decir nada, y Harvey, después de mirarle unos segundos, aceptó la invitación.

—¿Y usted, señor Barrie?… —preguntó, después de encender—. ¿De dónde es?

—De Nueva York.

—¿Periodista?

Mark sonrió.

—¿Tengo aspecto de serlo?

—Quizá sí.

—Sólo se equivocó a medias. No soy periodista, aunque me gano la vida escribiendo.

Harvey entrecerró los ojos.

—¿Sí? ¿Qué es lo que escribe?

—Biografías.

—Me imagino que se refiere a esos libros en que se habla de lo que han hecho los grandes tipos.

—Yo escribo la vida de ciertos tipos que no han sido tan grandes. Lo comprenderá enseguida. Ciertos individuos que han ganado mucho dinero, de pronto se encuentran en la necesidad de que el mundo entero se informe de lo grandes que son, y entonces contratan un escritor para que haga un relato de su vida, aunque naturalmente, el nombre del que lo escribe no aparece en ninguna parte del libro.

—Ésa sí que es buena. ¿Y usted consiente en hacer eso?

—Necesito escribir, Harvey, y es la única forma de hacerlo.

—¿No intentó alguna vez hacer una obra por su cuenta?

—Sí, pero no resultó.

—Bueno; puede intentarlo otra vez.

—Quizá, Harvey.

El vagabundo sonrió.

—Yo tendría muchas cosas que contarle.

—No lo dudo.

—Y estoy pensando que alguna de mis historias le podría servir.

—Estoy seguro de ello, Harvey; pero yo voy a marcharme.

—¿Sigue decidido a ir al pueblo?

—Cuanto más pronto lo haga, será mejor.

Barrie arrojó el cigarrillo por el hueco oscuro y empezó a enderezarse, pero al instante se detuvo, mordiéndose el labio inferior. El tobillo le dolía más que nunca.

—Déjeme que le vea ese pie —dijo Harvey.

Se plantó delante de Mark.

—Ande, siéntese, señor Barrie. Estire todo lo que pueda la pierna.

Mark titubeó unos instantes, pero por último obedeció. Sintió la presión de los dedos de Harvey en la parte lesionada y dio un respingo.

—¿Duele? —preguntó el vagabundo.

—Sí.

—Creo que sólo es una torcedura. Pero no puede moverse ahora. Le resultará muy doloroso.

—Tiene razón, Harvey.

—Le diré lo que voy a hacer. Tenemos una lata, agua y un buen fuego. Le pondré unos paños calientes y ya verá como desaparece la hinchazón. Cuando amanezca, estará como nuevo.

Barrie fumó otro cigarrillo, mientras Harvey hacía los preparativos.

—¿Va a trabajar a Atlanta, señor Barrie?

—Sí.

—Algún potentado, ¿eh?

—Un presidente de cinco Compañías.

—¿Le gusta trabajar con esa gente?

—Ni pizca. Suelen dar malos ratos. Nunca están conformes con el texto definitivo, y hay momentos en que llegan a sentirse escritores. Entonces resultan insoportables.

Harvey soltó una risita.

—Relaje la pierna. Voy a empezar con el trabajo.

Mark se encontraba cansado. Hacía tres días que había salido de Nueva York; y durante las últimas veinticuatro horas apenas había dormido porque, estando en Columbia, decidió visitar en Calhoum Falls a su amigo William Hopper. Era un antiguo compañero de armas que dirigía en aquella localidad el único diario que se editaba, y para el cual había escrito algunos relatos.

El agotamiento hizo mella en él y cerró los ojos. Oyó la voz de Harvey perderse poco a poco a lo lejos.

—Bien, señor Barrie… Esto marcha… En cuanto se haya enfriado un poco el agua, le calentaré otra ración. El remedio es antiguo, ¿sabe? Recuerdo que mi madre lo utilizaba. El agua caliente y el bicarbonato eran sus remedios. Eran buenos tiempos aquéllos, a pesar de que no existía la penicilina… Se lo digo yo, señor Barrie; buenos tiempos…

Barrie ya no oyó más porque se quedó dormido, recostado en la pared, hundida la barbilla en el pecho.

No supo cuánto tiempo transcurrió. De pronto despertó, y la luz le hirió en los ojos.

Ya había amanecido. Vio un trozo de cielo azul por el hueco. Fuera, la naturaleza empezaba a despertar.

Dirigió una mirada en su derredor y no vio al vagabundo.

—¡Harvey! —llamó.

No obtuvo respuesta.

El fuego se había consumido, y de pronto se dio cuenta de que también faltaban las alforjas de su desconocido amigo. Tan sólo estaba la lata en la que había calentado el agua.

Contempló su pie desnudo, observando que el tobillo estaba mucho menos inflamado.

Se puso el calcetín y el zapato y se enderezó lentamente, sin atreverse a apoyar todo el peso del cuerpo sobre el pie que se había doblado.

De pronto, su brazo notó algo extraño en la chaqueta.

Rápidamente, metió la mano en el bolsillo interior, comprobando que había desaparecido su cartera.

Miró otra vez en torno, pero fue inútil. La cartera no estaba en el suelo. Entonces comprendió lo que había ocurrido. Aquel vagabundo, Sam Harvey, se la había robado.

CAPÍTULO II

Mark Barrie condujo su coche por la calle Mayor en Centerville. En las aceras vio grupos de hombres que parecían muy entretenidos en hablar de algún tema, y Mark pensó que quizá la tormenta de la noche anterior había dañado los campos. El grupo más numeroso estaba a la puerta del hotel «Nacional». Un poco más arriba del hotel descubrió un bar.

Estacionó el coche junto al bordillo de la acera y descendió de él. Vio que los hombres que había a la puerta del hotel le estaba mirando atentamente, en silencio.

Entró en el bar y se encontró con que allí no había nadie, a excepción del hombre que estaba detrás del mostrador, un tipo muy robusto de cejas espesas y nariz chata.

Mark tomó posesión de una mesa junto a la ventana, desde la que se veía un trozo de la calle Mayor.

Oyó pasos y vio venir hacia él al mozo.

—¿Qué va a tomar?

—Huevos con jamón y cerveza.

El otro asintió con la cabeza, y después de entrar en el mostrador, desapareció por un hueco que debía comunicar con la cocina.

Al quedar solo, Mark sacó el dinero que tenía en el bolsillo del pantalón y lo contó. Tenía cuarenta y siete dólares y cincuenta centavos. Ya había pensado en lo que debería hacer. No tenía muchas esperanzas de que el vagabundo fuese encontrado, sí eso llegaba a ocurrir, Sam Harvey se habría gastado ya su dinero. Denunciaría el caso y continuaría el viaje a Calhoum Falls. Naturalmente, William Hopper le haría un préstamo para poder continuar hasta Atlanta. Llegado a su destino, pediría un adelanto a

su potentado cliente y de esa forma quedarían solucionadas las cosas. No tenía por qué preocuparse. El permiso de conducir lo guardaba en el tablero de instrumentos, y en la cartera que le habían sustraído no había ningún documento que fuese importante; sólo unas tarjetas comerciales, recibos y un par de fotografías de sus sobrinos.

Uno de los grupos de hombres se trasladó de lugar y vino a detenerse frente a la ventana, al otro lado de la calle. Algunos de ellos hablaban con excitación, gesticulando mucho.

El hombre de las cejas espesas regresó a la mesa trayendo los huevos con jamón.

—¿Cerveza?

—Sí; un doble.

Mark atacó los huevos con jamón. El empleado dejó la cerveza sobre la mesa y volvió a la cocina.

La puerta se abrió y Barrie volvió la cabeza, oyendo un repiqueteo de tacones. Vio, sorprendido, que una joven avanzaba hacia el lugar donde él se encontraba Ella empezó a sonreír. Era una muchacha de unos veintidós a veintitrés años de edad, esbelta, de cabello rubio y óvalo perfecto. Su rostro era bello, y las curvas abundaban en su cuerpo, unas curvas pujantes, perfectas en su geometría.

Ella se detuvo delante de Barrie.

—Siento que no me encontrase en casa. Cuando llegué, mi padre me pasó su recado, y he venido enseguida.

Mark comprendió que la joven le confundía con otra persona. Estuvo tentado de decírselo, pero observó su sonrisa, y los grandes ojos brillantes; luego no supo a qué atribuirlo, pero lo que dijo fue:

—Siéntese, por favor.

Ella se sentó frente a él y hubo una larga pausa.

—¿Quiere almorzar conmigo? —dijo Mark.

—Mi padre me tenía preparado un gran tazón de café para cuando llegase a casa —sonrió—. Se preocupa excesivamente por mí desde que gané el concurso.

Un concurso; naturalmente, sería de belleza. Era lógico que hubiese ganado el primer premio.

—Le he traído unas fotografías —dijo ella, y abrió su bolso.

Aquello resultaba estupendo, se dijo Mark. Ahora iba a verla en

bañador. Hasta podría tener suerte y ser un «bikini».

Alargó la mano y cogió las dos fotografías que ella le estaba tendiendo.

Mark contempló perplejo la primera fotografía. En ella vio una anciana de unos sesenta años.

—Según los críticos locales, fue mi mejor caracterización —oyó que le decía ella—. Es el papel de Anna Bolton, en la obra «Un grito en la noche» que escribió el señor Chapman, nuestro jefe de bomberos.

Mark sonrió, contemplando la segunda fotografía. Resultaba mucho mejor. La joven aparecía en la plenitud de su hermosura. Cubríase con un vestido de noche, de escote generoso, que dejaba sus brazos al desnudo; y uno podía jurar, a la vista de todo aquello, que los encantos de la morena eran totalmente genuinos.

—Estoy en mi papel de *Lady Chaterley en* la obra «Los estragos de la aristocracia», de Tony Moore, un muchacho muy inteligente al que todos pronostican un brillante porvenir.

Mark observó que ella hablaba con más entusiasmo de Tony Moore que del otro autor, el jefe de los bomberos.

—¿Tony es quizá el farmacéutico?

—¡Oh, no! Trabaja como agente de bienes raíces.

Mark se la quedó mirando a la cara. No; él nunca había visto ninguna tan bella.

—¿No come, señor Drake?

—¡Oh, sí!

¿De modo que él era el señor Drake? El hombre chato regresó de la cocina.

—Buenos días, Linda.

—Hola, Spencer —repuso la joven.

—¿Vas a tomar algo?

—No, gracias.

Mark se dijo que ella no podía llamarse de otra forma: Linda.

—¿Por qué se presentó al concurso, Linda? —preguntó.

—Me pareció estupendo eso de que su periódico patrocinase a la ganadora ofreciéndole la posibilidad de actuar en el primer teatro de Columbia.

—Al parecer, el teatro significa mucho para usted.

—Creo que sí.

—¿Le viene de familia?

—No. En mi familia no existe ningún precedente teatral.

—¿Cursó estudios?

—Fui a la escuela de Centerville, y pasé dos años en la Universidad de Columbia estudiando un curso de literatura, pero no llegué a graduarme. Falleció mamá y hube de regresar a nuestro pueblo.

—Lo siento.

Mark sacó el paquete de cigarrillos y lo alargó a la joven, pero ella rechazó la invitación.

—Ese Tony Moore, ¿es su prometido?

—¡Oh, no, señor Drake! Él y yo sólo somos amigos.

En aquel instante entró un hombre en el local. Llevaba la chaqueta al brazo y se enjugaba la cara con un pañuelo. Tendría alrededor de cuarenta y cinco años de edad, y era alto, de cara bulliciosa. Descubrió a los ocupantes de la mesa del fondo y echó a andar hacia ellos.

Mark empezó a sentir un vacío en el estómago.

El hombre se detuvo y sonrió a la joven.

—Es usted inconfundible, señorita Harriman. Está como en la foto.

La joven enarcó las cejas observando al hombre que le hablaba, el cual prosiguió:

—Soy Edward Drake. Fui a su casa, pero su padre me dijo que había salido a dar un paseo por el campo como todos los días.

Mark cerró los ojos y los volvió a abrir.

Linda Harriman se mordió el labio inferior, y de pronto volvió bruscamente la cabeza, mirando a Barrie.

—¿Cómo ha consentido usted…? —empezó a decir; y se interrumpió, levantándose bruscamente.

Mark fue también a enderezarse, pero de pronto ella dijo:

—Vayamos a otra mesa, señor Drake.

Se movió muy aprisa, yendo hacia la otra parte del local.

Edward Drake se quedó dónde estaba, con las cejas fruncidas, mirando a Barrie.

—No le fue bien con ella, ¿eh?

A Mark no le gustó la sonrisa, pero no dijo nada.

Drake se pasó otra vez el pañuelo por la cara y agregó:

—Estas potrancas necesitan un trato especial, amigo.

Luego se volvió y fue a donde le esperaba Linda Harriman.

Mark aplastó el cigarrillo en el cenicero e hizo chasquear los dedos en dirección al encargado. Éste se llegó otra vez a su mesa.

—¿Qué le debo?

—Dos dólares cincuenta.

Mark sacó el dinero del bolsillo y dejó tres billetes de a dólar sobre el tapete.

Dos hombres entraron en el local. Uno de ellos era de cabello rojizo, que le caía alborotado por la frente; y el otro un rubio, de piel reseca.

—¡Eh, Spencer! —llamó el pelirrojo—. Paul trajo ya los perros. Saldremos dentro de unos minutos.

—No puedo ir con vosotros.

—¿Por qué?

—Piper no vino a trabajar. Ha venido su hermano a decirme que le dio otra vez el cólico.

—¿Cólico? —repitió el pelirrojo—. Apuesto a que se puso otra vez como una esponja.

¡Infiernos! ¿Cuándo va a dejar de una vez el *whisky*?

—¿Visteis a la chica, Dean? —preguntó Spencer.

El pelirrojo hizo un gesto afirmativo y señaló a su compañero, el rubio.

—El capitán nos dejó echarle una ojeada.

—¿Qué tal es?

—¿Recuerdas aquella rubia que vino en el circo hace dos años?

—Sí, creo que la recuerdo. Su nombre era Peggy. Se acercó mucho por aquí mientras duró la feria. No irás a decirme que es ella.

—No, pero esta rabia es exactamente igual a Peggy.

—Peggy era muy bonita.

—Ésta también lo era. —Miró a su compañero—. ¿Qué dices tú, Orson?

—Yo me puse enfermo, y creo que todavía lo estoy. Es la primera vez que veo a una mujer muerta en esa forma.

Mark Barrie estaba escuchando atentamente.

El llamado Orson prosiguió, después de una pausa:

—Sólo quisiera que el capitán me dejase unos momentos con ese

hijo de perra. Yo le daría su merecido.

—Primero tenéis que atraparlo —dijo Spencer.

El pelirrojo Dean sonrió, mostrando unos dientes muy separados.

—No quisimos emprender la marcha antes de tener los perros de Paul Ireland. Ahora será fácil. Siento que no puedas venir con nosotros, Spencer.

—También lo siento yo.

Orson dio unos pasos hacia Spencer.

—Oye, Spencer, ya que tú no vienes, me gustaría que me dejases tu revólver.

—¿Qué le pasa a tu escopeta?

—La mandé arreglar y no la tendré hasta la semana próxima.

—Comprendo, pero un revólver es una cosa de uso personal. Lo siento, Orson, pero no puedo dejártelo.

Hubo una pausa, y luego Orson volvió con el pelirrojo:

—Vamos, Dean. No podemos hacerlos esperar.

Los dos hombres salieron fuera y entonces Mark se dirigió a Spencer:

—¿Qué ha ocurrido?

—Mataron a una mujer.

El dueño del local giró sobre sus talones y echó a andar hacia el mostrador.

Barrie se dijo que aquel hombre no era muy explícito. Miró en dirección a la mesa donde se encontraban Edward Drake y Linda Harriman, y los vio hablar. Drake tenía ante sí un cuaderno de notas, en el que de vez en cuando apuntaba algo.

En aquel momento, la joven desvió los ojos y por un instante se miraron; pero ella apartó los suyos rápidamente.

Mark pensó si sería oportuno presentarle sus excusas, pero decidió que éste no era el momento. Por otra parte, ¿lo sería para presentarse en la oficina de la policía a denunciar su caso? Teniendo en cuenta la que había oído, en el pueblo se había preparado una cacería del asesino de la mujer.

Salió a la calle. Ahora el grupo que había junto al «Hotel Nacional» había crecido mucho. Vio rifles, escopetas, revólveres; y de toda Aquella masa humana salía un fuerte runruneo.

En la acera solamente había dos hombres. Uno de ellos era muy alto, robusto, de fuerte complexión; y podría tener unos cuarenta y

cinco años de edad. Su cabeza era poderosa y el cabello gris. Cubríase con pantalones oscuros, camisa azul y corbata negra. A la altura del pecho mostraba una chapa de policía.

De pronto unos perros se pusieron a ladrar, y el grupo se dividió en dos rápidamente. Por el hueco que se produjo, Mark vio dos perros, que mantenía sujetos un hombre de cara muy delgada y nariz aguileña.

Un ciudadano gritó:

—¿Qué le dije, capitán Jackson? Los perros de Paul están deseosos de morder carne.

El capitán Jackson, el hombre de uniforme, levantó una mano, imponiendo silencio.

—Escuchadme, amigos —dejó transcurrir unos segundos—. No quiero violencias cuando atrapemos al tipo. Todos sabemos que es un rufián y que lo que ha hecho merece mil veces la horca, pero no consentiré que nadie se desmande. Tenemos una ley y yo soy el encargado de hacerla respetar. Cuando lo tengamos en nuestro poder, lo traeremos a la ciudad; yo seré quien lo deje encerrado en una celda, y después cada uno se irá a su casa.

Hizo otra pausa, dirigiendo una mirada en tome, y luego agregó:

—El que no esté conforme con esas condiciones, será mejor que se quede en el pueblo.

No le necesitamos para nada.

Nadie se movió del grupo.

Mark Barrie se había ido acercando por la acera al lugar donde se encontraba el capitán junto al otro hombre.

—Está bien —dijo Jackson—. Vamos allá, muchachos.

Barrie estaba ya a su altura.

—Perdone, capitán Jackson. Soy Mark Barrie, me dirijo a Calhoum Falls y…

—Lo siento, señor Barrie, pero me temo que en estos momentos no le puedo dedicar siquiera un minuto.

—El caso es que he de continuar mi viaje ahora mismo.

El hombre del cabello gris chascó la lengua.

—¿De qué se trata?

—Me robaron la cartera.

—Una denuncia, ¿eh? Oiga, le digo lo de antes. Sinceramente, no puedo atenderle. Se ha cometido un asesinato y hemos de cazar

al que lo hizo. Cada minuto que pase se puede alejar más de nosotros.

—¿No queda nadie en su oficina?

—Mis dos muchachos se pusieron a la faena. No encontrará a nadie. Oiga, espere un par de horas y podré atenderle. Debe usted hacerse cargo.

—Está bien —asintió Mark.

El capitán Jackson hizo una señal con el brazo y el grupo se puso en movimiento.

Instantáneamente los perros saltaron, y el hombre que los sujetaba tuvo que echar el cuerpo hacia atrás para contrapesar el impulso.

Mark los vio alejarse, mientras encendía un cigarrillo. ¿Se iba a quedar en aquella ciudad, retrasando dos horas su viaje, por denunciar el robo de los doscientos dólares…? Recordó a Sam Harvey mojando sus mendrugos de pan en la lata, y lo que hizo más tarde por su pie lastimado. Resultaba un tratamiento caro, que no habría pagado ni al mejor doctor; pero ¿qué más daba? Ganaría mucho si se metía en el coche y continuaba hacia Calhoum Falls. Sí; eso sería lo mejor.

Caminaba hacia el vehículo, cuando vio salir por la puerta del bar a Linda Harriman. Ella no le vio a él, porque empezó a seguir la dirección opuesta.

—¡Señorita Harriman! —dijo él, andando con sus largas zancadas.

La joven se detuvo y dobló la cabeza. Tuvo que fruncir las cejas, porque el sol le daba en la cara.

Al descubrir a Barrie, volvió a mirar otra vea al frente y se dispuso a proseguir su camino, pero Mark ya le había dado alcance y la tomó del brazo.

—Tiene que disculparme, señorita Harriman.

Ella inspiró profundamente.

—Su comportamiento fue absurdo. Debió pasar un buen rato a mi costa.

—Confieso que pasé un buen rato, pero no por lo fue usted cree.

—Muy bien; yo acepto sus disculpas. ¿Quiere dejarme marchar?

Mark no la soltó del brazo.

—Usted me resultó muy agradable, señorita Harriman. Por ello,

cuando empezó a hablar, no le quise aclarar la confusión.

—¿Ya ha terminado?

—Sí, temo que sí. Sólo falta decirle que mi nombre es Mark Barrie, que estoy de paso por su pueblo y que le aseguro me llevaré un buen recuerdo de él.

—Es usted muy amable, señor Barrie —dijo ella con retintín—. Le deseo un buen viaje.

Dio un pequeño tirón, desasiéndose de la mano de él, y echó a andar.

Mark la siguió con la mirada, pero la joven no volvió una sola vez la cabeza y desapareció por la primera transversal de la calle Mayor.

De pronto oyó una voz a sus espaldas.

—No quiere saber nada de usted.

Giró sobre sus talones, descubriendo a Edward Drake en la puerta del bar.

—¿Cree que ya la conquistó, Drake?

—Unas cuestan más y otras menos, pero todas terminan por caer —rió desagradablemente.

Mark sintió deseos de golpear en la cara a aquel hombre, pero se contuvo.

—¿Sabe lo que pienso, Drake?

—¿Qué?

—Que es un fanfarrón. Ella no es una chica para usted, y créame que lo celebro. Se encaminó hacia el coche.

Drake dijo:

—Ya me dio una cita.

Mark se detuvo al lado de la portezuela y se volvió a medias.

—Eso es otra de sus bravuconadas.

Drake ladeó la cabeza, metiendo las manos en los bolsillos.

—Quédese hasta la noche y se la pasaré por delante de las narices… después que ella y yo hayamos dado una vuelta por fuera del pueblo para conocer sus más bonitos rincones.

Mark sintió que la sangre le empezaba a hervir en las venas. Permaneció un rato mudo, mirando la sonrisa que Drake exhibía en el tajo de su boca. Bueno, ¿por qué no se quedaba? Todo consistía en aparecer en Calhoum Falls un día más tarde. Y, ¿por qué iba a perder sus doscientos dólares? Sam Harvey era un ladrón, y merecía

que se le aplicase un correctivo.

—Quizá me quede, Drake —dijo.

—¿Quiere también hacer una apuesta?

—No hago apuestas de esa clase.

Barrie sacó la valija del portaequipajes y se dirigió al hotel.

El empleado del registro era un joven, de unos veinticuatro o veinticinco años de edad, de cara angulosa y ojos saltones. —Quiero una habitación— dijo Mark.

El encargado le dio la número ocho, y Barrie rellenó el formulario. El encargado salió del registro y cogió la valija, que estaba en el suelo.

—Estoy solo, ¿sabe, señor Barrie? Johnny, nuestro botones, se fue también a la cacería. Tiene dieciocho años y es el mejor tirador de pistola de Centerville. Este año se presentará al torneo de Atlanta. Los entendidos dicen que llegará a ser campeón olímpico —sonrió—. Johnny puede convertirse en una gloria nacional, ¿qué le parece? Y nació en Centerville.

Subieron al primer piso y una vez en la habitación, Mark entregó un dólar de propina al encargado.

—Gracias. Mi nombre es Luke Nelson. ¿Cuánto tiempo va a estar con nosotros, señor Barrie?

—Sólo hoy.

—¡Diablos! Llegó en un buen momento; no todos los días se comete un asesinato en Centerville… Está enterado, ¿verdad?

—No mucho.

—Mataron a una mujer.

—Sí, eso es lo que me dijeron.

—La estrangularon; pero eso no fue lo peor.

—¿Puede haber algo peor que la muerte?

Luke Nelson sonrió.

—No quise decir eso. Me refiero a que ultrajaron a la chica antes de matarla.

—Vaya, un asesino sádico.

—Ésa es la palabra, sí señor.

—¿Quién es la víctima? —preguntó, percatándose de que Nelson quería pegar la hebra.

—Yo fui el único hombre que habló con la rubia. —El encargado se pellizcó el labio inferior—. Naturalmente, aparte del asesino.

—De modo que ella no pertenecía a la comunidad de Centerville.

—No, señor, nunca estuvo aquí antes de ahora. Al menos, yo nunca la vi.

—¿Se alojó en este hotel?

—Sí, señor. Eso ocurrió ayer por la noche. Bajó del autobús que hace el viaje desde Augusta hasta Calhoum Falls y se vino derechita aquí. Me llamó la atención, ¿sabe?

—¿Por qué?

—No sé a qué atribuirlo. No es porque fuese forastera. Había algo extraño en ella, y ya ve como luego ha resultado que tenía razón.

—¿Cuál era el motivo de su viaje a Centerville? —Mark le tendió el paquete de cigarrillos y Luke aceptó uno.

—No lo dijo, señor Barrie. Naturalmente, yo le pregunté con tacto, pero ella se mostró muy reservada. Rellenó la hoja y se encerró en la habitación. Su nombre era Margaret Frick.

Mark se acercó a la ventana y miró hacia la calle. Había muy pocas personas por la acera.

—¿Quién la mató, Luke?

—Un vagabundo.

Barrie volvió la cabeza bruscamente.

—¿Un vagabundo, Luke?

—Sí.

—¿Sabe su nombre?

—Sí, desde luego; es bastante conocido en la ciudad. Se llama Sam Harvey.

Capítulo III

Mark Barrie tuvo la impresión de que lo ponían en contacto con una corriente de alto voltaje.

—¿Cómo saben que lo hizo Sam Harvey?

—Hay un testigo.

—De modo que alguien vio cómo Sam Harvey mataba a Margaret Frick. —No es eso exactamente.

—¿Cómo fue entonces?

—Marty Bradford sorprendió a Sam Harvey cuando se disponía a enterrar a Margaret Frick, después de haberla matado.

—¿A qué hora fue eso?

—Esta mañana, alrededor de las seis.

—¿Dónde?

—En un bosquecillo de encinas que hay dos millas al sur. Allí la tierra estaba muy blanda, debido a la lluvia caída durante la noche.

—¿Y qué hacía por allí Marty Bradford a las seis de la mañana?

—Marty es un cosechero de miel. Tiene sus colmenas en la ladera de la Colina Roja, a unas tres millas del pueblo, y salió muy temprano de su casa. Es natural que lo hiciese, después de la tormenta que cayó sobre la comarca anoche.

Mark Barrie le animó a proseguir:

—Y fue entonces cuando Marty descubrió a Sam Harvey…

—Sí, señor, así fue. Harvey estaba cavando una fosa con una pala.

—¿De dónde iba a sacar un vagabundo una pala?

—Robándola, naturalmente.

Si, Sam Harvey tenía mucha costumbre de robar. Él lo sabía bien. Se apartó de la ventana, y después de dar unos pasos, se sentó en el borde del lecho.

—Dígame, Luke; imagino que Margaret Frick tendría que salir del hotel para que Harvey pudiese matarla.

—Sí, señor; ella salió.

—¿Cuándo?

—Yo estaba dormitando y la oí bajar.

—¿A qué hora ocurrió eso?

—A las cinco. Recuerdo que miré el reloj. Me despertó el ruido de sus tacones al bajar la escalera. Le di los buenos días y ella me contestó con un gruñido. El caso es que salió rápidamente.

—¿Qué iba a hacer una forastera en Centerville a las cinco de la mañana?

—Eso es lo que nos preguntamos todos.

—¿Y no encontraron ninguna respuesta?

—Ninguna.

—¿Hay alguien en la comarca cuyo nombre sea Frick?

—No, señor.

Mark se puso otra vez en pie y caminó hacia el lavabo.

—¿Qué hizo Marty Bradford cuando descubrió a Sam Harvey cavando la fosa?

—No tuvo tiempo de hacer nada.

—¿Por qué?

—Sam Harvey le vio llegar y echó a correr.

—¿Con la pala o sin ella?

—Se llevó la pala.

—¿Y no fue Marty detrás?

Luke Nelson se quitó el cigarrillo de los labios, sonriendo.

—Usted no ha visto nunca a Marty Bradford.

—Seguro que no.

—Pesa más de cien kilos. Creo que no podría atrapar a un anciano de ochenta años.

Mark observó un rato en silencio a su interlocutor.

—¿Qué otros huéspedes hay en el hotel, Luke?

—Ahora sólo está usted.

—¿Y anoche?

—Dos: La señorita Frick y Charlton Powell, un viajante.

—¿Dónde está Charlton Powell?

—Se marchó a Calhoum Falls esta mañana a las seis.

—¿En el autobús?

—No. El primer autobús no pasa hasta las diez. Charlton tenía su coche. —Luke Nelson arrugó el entrecejo—. Oiga, usted hace las preguntas como un policía… ¿Lo es? —No, Luke, no soy ningún policía. Lo único que pasa es que este asunto ha logrado interesarme.

Luke sonrió abiertamente otra vez.

—Interesará a todo el mundo. Ya verá cómo se habla de Centerville en todo el Estado; y hasta es posible que se ocupen del crimen los diarios de Nueva York.

—Sí, es muy posible. Dígame, Luke, ¿es usted un empleado?

—Sí, señor; trabajo en el hotel desde hace tres años. El dueño es Víctor Rascel. Vive en Columbia y sólo viene a Centerville tres o cuatro veces al año. Casualmente, ahora se encuentra aquí.

—¿Sí?

—Llegó hace tres días. Creo que va estar toda la semana.

—¿Y dónde se aloja cuándo viene?

—Tiene su casa en la Calle 12.

—Me imagino que debe haber otro empleado aparte de usted y de Johnny.

—Dentro de un rato vendrá Lionel Kok. El hace el turno de día y yo el de noche. Nos relevamos siempre a las siete.

—Sin embargo, usted está ahora aquí y son las nueve y media.

—Lionel me pidió que me quedase, para ir con el capitán en busca de Harvey.

—¿Por qué no fue usted?

—No me gustan esas cosas. Ya me contarán lo que pase.

—Me gustaría saber más de Sam Harvey.

—Harvey lleva muchos años recorriendo la comarca Tan pronto está en Carolina del Sur como en Georgia A veces ha dejado pasar un par de años sin asomar la cabeza. Llegamos a pensar que murió, pero siempre terminó por aparecer.

—¿Cuánto tiempo hacía que no venía por aquí?

—Esta vez solo dejó transcurrir un año.

—¿Y cuándo llegó?

—Hará cuestión de una semana.

—¿Qué me dice de su conducta?

—Deja bastante que desear. Alguna vez lo han contratado en alguna granja para hacer trabajos sencillos, y en un par de

ocasiones lo denunciaron por robar.

—¿Qué es lo que robó?

—Dinero. Harvey se pasó una temporada en nuestra cárcel.

—¿De dónde es concretamente Harvey?

—Eso no lo sabe nadie.

—¿Tiene algún amigo por aquí?

—No, Sam Harvey nunca tuvo un amigo. Yo, al menos, no se lo conozco.

Durante un rato, en la habitación reinó un silencio. Por último Mark dijo:

—Gracias por todo, Luke. Ya le llamaré si le necesito.

—Sólo tiene que usar el teléfono —dijo Luke, señalando el que había sobre la mesita de noche.

Eso le hizo recordar a Mark otra cosa.

—Me imagino que no hay línea directa.

—No, desde luego. Abajo tengo una centralilla, y yo comunico con la otra central, donde está Nancy Lee. Ella es quien se encarga de lo demás.

—¿Hizo alguna llamada Margaret Frick?

—No, ninguna… —Luke se puso a parpadear—. Oiga, ahora recuerdo.

—¿Qué?

—Había transcurrido poco más o menos una hora desde que llegó la señorita Erick, cuando de pronto vi encenderse su bombilla. Le pregunté qué deseaba, y ella, después de un titubeo, dijo que dejaría su llamada para más tarde. Pero ya no volvió a llamar… ¡Demonios! Señor Barrie, usted me ha hecho recordar ese detalle. Tendré que contárselo al capitán Jackson. Eso quiere decir que la señorita Frick conocía a alguien en Centerville.

—Probablemente, Luke.

El empleado caminó hacia la puerta y se detuvo con la mano en el tirador.

—Sí, señor —dijo—. Usted parece un auténtico policía.

Luego salió de la habitación.

Una vez se quedó solo. Mark *se* quitó los zapatos y la chaqueta y se tendió en la cama, con un humeante cigarrillo en los labios. Pensó en que, tal como estaban las cosas, probablemente iba a recuperar su dinero o gran parte de él. Bastaría con que Sam

Harvey fuese detenido. En cuanto a la muerte de aquella mujer, Margaret Frick, todo estaba demasiado claro. Marty Bradford había visto cómo Harvey cavaba la fosa para enterrar a Margaret, la mujer asesinada. Muy pronto, Sam Harvey iba a dejar de robar carteras.

CAPÍTULO IV

Mark Barrie llevaba casi dos horas tendido en la cama, cuando oyó los ladridos lejanos de los perros; y un poco más tarde las voces de los hombres que regresaban.

Se puso en pie y se acercó a la ventana.

Sí; habían cazado a Sam Harvey.

El vagabundo parecía un animal asustado; miraba a un lado y a otro nerviosamente, como si de un momento a otro esperase ser víctima de un ataque.

El capitán Jackson caminaba a su lado y unas esposas los unían, atando la mano derecha de Harvey y la izquierda del policía. Detrás iba Paul Ireland con sus perros. Ireland sonreía, mostrando unos dientes tan cortantes como los de los canes, y tiraba fuertemente de éstos para evitar que saltasen sobre Harvey. A continuación de Ireland marchaban los hombres que habían participado en la caza, enarbolando sus armas, gritando…

Mark bajaba al vestíbulo, cuando entró Luke Nelson acompañado por un muchacho de unos veinte años de edad, que empuñaba un rifle.

—¿Dónde lo atrapasteis, Lionel? —preguntó Luke.

—En la «Cueva del Ahorcado». Los perros nos llevaron allí directamente.

—¿Qué es lo que Ireland les dio a oler?

—Unas botas que Harvey se puso anteayer. Ireland se las dio para que le regase un campo, y nadie las utilizó con posterioridad.

—Esos perros son buenos.

—El capitán Jackson tuvo que obligar a Ireland a que los sujetase bien. Tenías que haber visto a Harvey acorralado en el rincón más profundo de la cueva, junto a la pared.

Nunca vi a nadie pasar más miedo.

—¿Qué dijo cuando fue detenido?

—El muy estúpido se puso a gritar que él no la había matado. Una y otra vez lo repetía; parecía un loco. Jackson tuvo que pegarle un par de bofetadas para que se recuperase, y entonces se echó a llorar. Sí, señor; lloró como un niño.

Lionel dejó el rifle sobre el mostrador del registro y, sacando un pañuelo, se lo pasó por la cara.

—Menos mal que no nos ha hecho correr mucho. Pensé que se habría largado a las montañas, pero no fue así.

Pareció percatarse ahora de la presencia de Barrie, que se había detenido al pie de la escalera.

Luke Nelson dijo:

—Es el señor Barrie, Lionel, un huésped que llegó en tu ausencia.

Por la puerta entró un muchacho de unos diecisiete años, alto, rabio, que se cubría con una camisa cuyos faldones le salían por los pantalones de vaquero. También llevaba un revólver.

Luke Nelson lo miró sonriente.

—Apuesto a que no disparaste un solo tiro, ¿eh, Johnny?

Johnny se detuvo y cerró un ojo, levantando el arma, con la que apuntó a la lámpara central que había en el vestíbulo.

—Es lo que yo hubiera querido. Iba preparado, ¿sabes? Si Harvey hubiese echado a correr, te juro que le habría volado la cabeza al primer disparo. —Bajó el brazo armado y sonrió, columpiándose sobre los pies.

Mark Barrie preguntó:

—¿Pueden decirme dónde está la oficina de la Policía?

—Yo le acompañaré, señor Barrie —contestó Luke Nelson—. Precisamente voy a casa, y la oficina está en esa dirección.

Mark asintió con la cabeza y salió a la calle. Encendió un cigarrillo mientras esperaba a Luke. Finalmente éste llegó a su lado, con la chaqueta al brazo, y echaron a andar hacia el sur. Mark no habría necesitado que Luke le acompañase, porque vio a lo lejos, al fondo de la calle, el grupo de hombres que portaban armas.

—¿Va a hablar con el capitán Jackson, señor Barrie?

—Sí, eso voy a hacer.

—Usted es forastero, y creo que no debía entrar ahora en la

oficina.

—¿Por qué no, Nelson?

—Ellos van a creer que usted va a interceder por Sam Harvey. Ya sé que es absurdo, pero usted no conoce a la gente de aquí. Empiezan a sospechar enseguida de cualquier cosa. Quizá no tenga importancia, puesto que usted se va a ir hoy, pero sería estúpido que tuviese alguna complicación por ir a hablar con Jackson. Ya sabe, uno de esos tipos que se creen tan fuertes se le podría poner por delante.

—Agradezco tu interés, Nelson —lo tuteó—. Pero el asunto que me lleva a la oficina es absolutamente personal; y temo que no puedo esperar a que las aguas se calmen para hablar con el capitán Jackson.

—Comprendo, señor.

La oficina de la Policía era una casa de ladrillo rojo. A la puerta estaba el hombre a quien había visto en compañía de Jackson, un tipo de unos veintiséis o veintisiete años, de cabello rubio. Era muy delgado, y jugueteaba con un rifle, mirando a los hombres que había enfrente.

—Bueno, señor Barrie —dijo Nelson—, celebro haberle conocido. Supongo que mañana a las siete, cuando yo llegue al hotel, usted ya no estará; de modo que le deseo un buen viaje.

—Suerte, Nelson —dijo Mark, dando una palmada en el brazo del joven.

Habían llegado ya a la altura de la casa, y el empleado del hotel bajó de la acera para no pasar muy cerca del agente que estaba de guardia a la puerta de la oficina. Mark llegó ante éste, y el policía lo miró a los ojos.

—Quiero hablar con el capitán Jackson.

Barrie notó que a sus espaldas se hacía un gran silencio.



—No la maté

El centinela rubio se pasó un dedo por debajo de la nariz, mientras estudiaba a Mark.

—No puede pasar ahora.

—¿Por qué no?

—El capitán está ocupado.

—Su jefe me dijo que, cuando regresara al pueblo, yo podría hablar con él.

—¿Sí? —murmuró con sorna el policía.

—Usted mismo lo oyó. Estaba a su lado en aquel momento.

—Sí, ahora recuerdo su nombre. Se llama Banister.

—Barrie, Mark Barrie.

—Muy bien, señor Barrie. Dígame la queja.

Mark meneó la cabeza de un lado a otro.

—No se la voy a dar a usted, amigo, sino a su jefe.

—Entonces dese una vuelta por ahí y venga dentro de un par de horas. El pueblo es bonito; tiene mucho que ver.

Mark lo miró a los ojos y alargó la mano, atrapando el tirador de la puerta. El centinela le puso rápidamente la diestra en la muñeca.

—He dicho que no puede pasar.

—Voy a hacer una denuncia, agente. Los hechos a que se refiere ocurrieron en este condado y yo vengo a pedir la protección de la policía de este condado. Hubo un gran silencio durante el cual los dos hombres se miraron fijamente.

Por último el policía apretó los labios y retiró la mano con que sujetaba la muñeca de Mark.

—A su gusto, Barrie.

Mark hizo girar el tirador y penetró en la oficina, cerrando tras sí.

El capitán Jackson estaba sentado tras una mesa, fumando un cigarrillo. Se había bajado el nudo de la corbata. En la pared de la izquierda, al frente, se iniciaba un oscuro corredor que parecía muy largo.

—¡Ah, es usted!… —murmuró Jackson.

—Celebro que me recuerde, capitán.

—Me habló usted de un robo.

—Sí.

—¿Qué es lo que le robaron?

—La cartera.

—Comprendo. ¿Dónde fue? ¿En la ciudad?

—A unas cuatro millas.

—Sí, eso pertenece a mi jurisdicción; pero apuesto a que no le fue robada, sino que la perdió.

—Sé quién lo hizo.

Hubo una pausa, y los ojos del capitán se entrecerraron.

—De modo que conoce al ladrón.

—Sí.

—Muy bien; hágame una descripción de él. Lo cazaremos enseguida.

—Ya lo cazó.

—Ahora es cuando no le comprendo. Sólo tenemos un detenido, y… —se interrumpió, comprendiendo lo que Barrie quería decir—. Diga el nombre de ese ladrón, señor Barrie.

—Sam Harvey.

Jackson se frotó el mentón con el dorso de la mano.

—¿Quiere contar el asunto tal como ocurrió?

Mark hizo un relato de todo lo que le había acontecido a partir del momento en que su coche no pudo continuar el viaje. Citó también a William Hopper, a quien se disponía a visitar en Calhoum Falls.

Cuando hubo terminado, en la sala se hizo un silencio.

Jackson caminó hacia la ventana, desde la que se puso a observar la calle. Luego se volvió lentamente y quedóse mirando a Mark con la cabeza ladeada.

—¿Sabe que me ha dado un susto, señor Barrie?

—Lo siento.

Jackson distendió los labios en una sonrisa.

—Pensé que tenía algún interés por Harvey y que se presentaba aquí para proporcionarle una coartada.

—Pero no es así.

—No, desde luego. Sam Harvey pudo robarle a usted la cartera, y luego dispuso de muchas horas para cometer su atropello y asesinato. Su testimonio servirá para hundir más a Harvey, si es que aún no estaba suficientemente hundido.

—¿Por qué, capitán? ¿Por qué le concede usted ese valor a mi testimonio?

—Resulta sencillo. Nadie había visto a Harvey desde que anteayer se largó de la granja de Paul Ireland. Usted es la única persona que le vio antes de que se cometiese el crimen, y me servirá para probar que él se encontraba cerca de nuestra ciudad. —Jackson sonrió de nuevo—. Le hablo como si usted estuviese enterado del asunto.

—Estoy informado, capitán.

—Lo celebro. —Jackson volvió a sentarse tras la mesa—. Voy a

escribir la denuncia, y usted la firmará. ¿Está de acuerdo?

—Desde luego.

El capitán sacó papel y una pluma estilográfica y se puso a escribir.

—¿Qué profesión es la suya, Barrie?

—Escritor.

—¿Residencia?

—Nueva York, calle 62 Oeste, departamento F.

—¿Edad? —Veintiocho años—. ¿Casado?

—No.

El capitán escribió un rato, y finalmente dio la vuelta al papel y alargó la pluma a Barrie.

—Firme abajo.

Mark leyó el contenido antes de firmar, y luego Jackson abrió un cajón y guardó el papel en el interior.

—Muy bien, Barrie. ¿Dónde se hospeda? —En el «Hotel Nacional».

—Dentro de una, hora iré a visitarle, y entonces le devolveré su cartera.

—¿Por qué no ahora, capitán? ¿No tiene detenido a Sam Harvey?

Una venilla azul se hinchó en la sien de Jackson.

—Registramos a Harvey, pero no le encontramos ninguna cartera encima.

Los ojos de Mark brillaron intensamente.

—¿Por qué no me dijo eso antes de que yo presentara la denuncia?

—¿Hubiese habido alguna variación por parte suya?

—Ése no es el caso. Estuvimos hablando de mi cartera y de que Harvey me la robó. Era el momento adecuado para que usted me dijera que no le había encontrado ninguna cartera al ser registrado.

—No se preocupe; su cartera aparecerá. —Jackson estaba muy serio—. Espéreme en el hotel.

Mark dio media vuelta rápidamente y salió de la oficina.

El grupo de hombres todavía no se había disuelto.

El policía rubio sonrió con soma a Mark.

—¿Arregló ya lo suyo, señor Barrie?

—Casi —contestó Mark, y sin añadir otra palabra echó a andar

por la acera.

Al llegar al bar, se metió dentro. En una mesa se sentaban tres hombres, y en la que estaba más cerca de la ventana vio a Drake.

Spencer secaba vasos tras el mostrador.

—¿Quiere ponerme un *whisky*? —pidió Mark.

Spencer se movió muy lentamente para cumplimentar el servicio.

Mark bebió un trago y encendió un cigarrillo.

Oyó pasos que se acercaban hacia su lado, y no tuvo duda de que se trataba de Drake.

Luego oyó la risa del periodista.

—Conque al fin se quedó, ¿eh?

Mark lo miró a la cara.

—Tengo curiosidad por saber si lo suyo es verdad.

—¡Infiernos! ¿Va a decirme que esa chica le interesó nada más verla?

—¿Por qué no, Drake?

Edward hizo chasquear los labios.

—Yo nunca he dado importancia a las mujeres, y quizá por eso me han resultado un negocio fácil.

—¿Dónde le inyectaron ese optimismo? ¿Se miró al espejo, Drake?

Drake pareció encajar el golpe, porque quedó serio, pero enseguida volvió a sonreír.

—No todo consiste en poseer una buena fachada.

—Dígaselo a ellas, Drake.

—Yo creo que su interés súbito por esta ciudad se debe a otro motivo. —¿Sí?

—Al asesinato.

—No intente venderme su bola de cristal. Es muy mala, Drake. Hágala pedazos. —Es un bonito asunto— prosiguió Drake ignorando la interrupción de Barrie —y tiene buenos ingredientes. Una mujer con la que un tipo se propasa antes de matarla… El autor, un vagabundo, detritus de la sociedad. El hombre que descubrió al asesino al amanecer, cuando cavaba la fosa de la víctima…

—Oiga, Drake, es usted el periodista, a quien le debe interesar todo eso.

—Confieso que soy un tipo de suerte. Vine aquí a hacer una entrevista a esa nena que se cree Sarah Bernard, y me encuentro con un asesinato en primer grado.

—¿Por qué se obstina en ser desagradable desde que le conozco, Drake? ¿O es que siente necesidad de herir a las personas cada vez que abre la boca?

—Es usted muy sensible, Barrie.

Mark apuró el contenido de su vaso.

—Hasta la vista, Drake.

Dejó un dólar sobre la mesa y salió a la calle.

Ya en el hotel, subió la escalera sin detenerse en el registro, donde se encontraba Lionel, el substituto de Luke Nelson, y se encerró en su habitación.

Decidió dedicar un rato a su trabajo. En Nueva York había pasado muchas horas recogiendo datos acerca del cliente cuya biografía debía escribir.

Logró abstraerse durante una hora en su mundo.

De pronto llamaron a la puerta.

—Adelante.

Era el capitán Jackson.

—Acomódese, capitán —dijo Barrie señalando una silla.

Jackson dio un suspiro y aceptó la invitación.

—No puedo subir escaleras, ¿sabe…? Debe ser la tensión. Llevo seis meses diciéndome que debo ir a Columbia a que me vea un buen médico, pero siempre ocurre una cosa u otra que me hace demorar el viaje.

Mark no tenía nada que decir y guardó silencio.

El capitán sacó el pañuelo y se enjugó el sudor de la frente.

—Registramos otra vez a Harvey —hizo una pausa—. Pero no le encontramos nada.

—De modo que mi cartera ha desaparecido.

—Dice que la escondió.

—Ya entiendo. Usted ha ido al lugar que él le ha señalado, y resulta que allí tampoco está la cartera.

—No, no es eso. —El capitán se pellizcó el lóbulo de una oreja —. Harvey no ha querido decirnos dónde la ha escondido.

—Veamos si lo comprendo: Harvey admite que me robó la cartera, pero no quiere señalar el lugar donde la dejó. —

Exactamente.

—¿Y por qué diablos hace eso?

—Nos ha repetido una y otra vez que sólo se lo dirá a usted.

—De modo que si yo voy allí él me indicará el lugar donde podré encontrar la cartera.

—Sí, Barrie; ésa es la condición.

—¿Tiene usted algún inconveniente en que él y yo hablemos?

—No, ninguno; pero el diálogo entre usted y él se hará en mi presencia.

Mark se pasó la lengua por el labio inferior, mientras observaba fijamente el rostro de Jackson.

—Muy bien, capitán —dijo—. Pongámonos en camino.

CAPÍTULO V

El vagabundo estaba tendido en el jergón, y empezó a incorporarse al oír el ruido de la llave.

Jackson abrió la puerta e hizo una señal a Mark para que entrase, y él lo hizo detrás.

El capitán no se preocupó de cerrar la puerta.

Mark observó a Sam, y le pareció que había envejecido muchos años desde la noche anterior, en que lo conoció.

—Hola, señor Barrie.

—¿Qué tal, Sam?

Harvey se mordió el labio inferior, mirando a Jackson.

—¿Por qué no nos deja solos, capitán?

—Lo prohíbe el reglamento.

Harvey movió la cabeza en sentido afirmativo, volviendo los ojos hacia la cara de Mark.

—¿Ha oído lo que dicen de mí, señor Barrie?

—Sí, lo he oído.

—Es monstruoso, horrible. Yo no soy capaz de hacer una cosa como ésa.

—Es inútil que te hagas el inocente —replicó Jackson—. Todos sabemos que lo hiciste tú.

—No la maté. No he visto a esa mujer una sola vez en mi vida… No sé quién es. —Déjate de historias, Harvey. Marty Bradford te vio perfectamente.

—Marty Bradford no pudo verme. Yo no estuve en aquel bosque. Usted lo sabe, señor Barrie.

—No, Harvey; no lo sabe —intervino otra vez Jackson—. Lo único que sabe el señor Barrie es que te encontró en la cabaña de Tom Hayd, y tú aprovechaste la oportunidad para robarle la

cartera. Todo eso ocurrió, más o menos, a las diez de la noche. El doctor McCloy ha establecido que la muerte de Margaret Frick tuvo lugar entre las cinco y las siete de la mañana, de modo que tuviste mucho tiempo por delante para cometer tu crimen.

Harvey agrandó los ojos, fijándolos en los de Mark.

—Usted no lo cree, ¿verdad, señor Barrie?

Mark continuó sin decir nada.

Harvey prosiguió:

—Admito que me porté muy mal con usted, señor Barrie, pero nunca he matado a nadie. Soy incapaz de matar a un semejante… La vida es muy hermosa; yo lo sé.

Siguió un silencio, que fue roto por Jackson.

—Oye, Harvey, el señor Barrie no ha venido aquí para oír tu filosofía. Prometiste que le dirías dónde escondiste su cartera.

—No lo diré delante de usted —dijo Sam con decisión.

Jackson sacudió la cabeza.

—Está bien, Barrie. Salgamos de aquí.

—Déjeme con él unos minutos —insistió el vagabundo—. Usted me tiene atrapado, capitán; todo el mundo está, contra mí. ¿Por qué no he de hablar con el señor Barrie a solas? ¡Tengo derecho!

El capitán titubeó unos instantes.

—No quiero que digas que me porté mal contigo, Sam. Muy bien; te dejaré a solas con él.

Jackson salió de la celda y cerró la puerta con llave.

—Tienes diez minutos —advirtió, alejándose por el corredor.

Mark sacó el paquete de cigarrillos, y Harvey cogió uno, con mano temblorosa.

Encendieron y luego Mark preguntó:

—¿Dónde está la cartera?

—Se la dejé a una mujer.

—¿A una mujer…?

—Sí, su nombre es Zully Villard y vive aquí en el pueblo, calle 18, número 87.

—¿Por qué se la dejó a ella?

—Le rogué que me la guardase. Tenía miedo de que usted me denunciase. En cuanto diese mi inscripción a la policía, ellos sabrían que era yo. Si no me encontraban encima el dinero ni la cartera, no podrían hacerme nada. Yo hubiera dicho que le dejé a

usted dormido y que no tuve nada que ver con la desaparición de su cartera.

—No está mal.

—¿Pero se da cuenta de la jugada que me ha hecho el destino? Si usted no hubiese aparecido por la cabaña, yo habría pasado toda la noche allí, ¿lo entiende…? No habría pasado nada de lo que ocurrió después; y ahora me acusan de asesinato.

—Las pruebas son bastante concluyentes, Harvey. Marty Bradford le vio a usted cavando una fosa con una pala, y la víctima estaba a su lado.

—Yo no era ese hombre… ¡Se lo repito! ¡No era ese hombre!

—Fue atrapado por Jackson y los otros ciudadanos en una cueva donde usted se había refugiado.

—Fui allí porque entonces ya sabía que se me consideraba culpable del atropello y de la muerte de esa mujer.

—Es lo que usted dice. Usted demostró antes que posee inteligencia. Me refiero a su coartada con respecto al robo de mi cartera.

—Oiga, señor Barrie; yo no pude matar a esa mujer.

—Son pruebas las que necesito para convencerme.

—Las tengo, señor Barrie.

—Todavía no las he visto.

—Se trata de Zully Villard, la mujer de que le hablé antes, la que tiene su cartera. Pasé toda la noche en su casa.

—¿Toda la noche?

—Sí.

—Usted estaba conmigo en aquellas ruinas a las diez. No pudo ser toda la noche.

—Quiero decir desde el momento en que me separé de usted. Cuando se durmió, esperé unos diez minutos. Usted estaba muy cansado y quedó profundamente dormido.

Entonces le quité la cartera y me marché. Fui directamente al pueblo, a la casa de Zully. Eran las siete y cuarto de la mañana cuando salí de su…

—Marty Bradford lo vio a usted alrededor de las seis, pretendiendo enterrar a la mujer asesinada.

¡Le repito que yo no era ese hombre! ¿No se lo digo? Yo estaba con Zully. Tiene que creerme, señor Barrie. Zully tiene su cartera;

eso le demostrará que no miento.

—¿Por qué no le ha contado todo eso a Jackson?

—No le tengo confianza.

—Resulta un poco débil esa justificación. Es su vida la que está en juego, y no puedo admitir que ya le mereciese a usted más crédito que Jackson. ¿Cómo iba a confiar en mí, si yo fui una de sus víctimas?

—Usted me fue simpático, señor Barrie.

—Sí, se lo fui tanto que me robó apenas tuvo ocasión para ello.

Harvey se pasó una mano por la cara.

—Dios mío, ¿es que nadie va a creerme?

—¿Quién es Zully Villard, Sam?

—Ha sido una mujer de vida airada, pero ya se retiró. Compró una casa aquí con sus ahorros.

—¿Por qué aquí en Centerville?

—Le gustó la ciudad.

—¿Desde cuándo tiene amistad con ella?

—Desde hace cuatro o cinco años. Un día me contrató para que le limpiase la hierba del jardín y desde entonces, siempre que vengo por aquí me voy a su casa.

—¿Le tiene ella afecto?

—Claro que sí —de pronto Sam se interrumpió—. Ya le comprendo. Usted cree que Zully Villard va a declarar en mi favor.

—¿Por qué no, si le tiene afecto?

—¿Pero es que no se da cuenta, señor Barrie? Lo de su cartera es un verdadero milagro. Ella la tiene, y eso demuestra que es cierto que estuve en su casa.

Mark se miró la punta de los zapatos, permaneciendo pensativo. Finalmente alzó los ojos, deteniéndolos otra vez en la cara de Harvey.

—Está bien, Sam. Voy a hablar con Zully.

En aquel instante se oyeron pasos por el corredor y Harvey guardó silencio.

El policía rubio, a quien Mark ya conocía, abrió la puerta.

—Se acabaron las confesiones —dijo.

Mark dirigió una última mirada a Harvey, y sin decir nada, salió del recinto.

El vagabundo corrió a la puerta, cuando Barrie ya había echado

a andar por el corredor.

—¡Le dije la verdad, señor Barrie…! ¡Se lo juro!

Mark no interrumpió su camino y salió a la oficina. Jackson estaba sentado tras la mesa.

—Gracias por el favor, capitán —le dijo.

Jackson sonrió, echándose sobre el respaldo de la silla.

—Los hago siempre que puedo.

Hubo un embarazoso silencio, y el policía rubio salió con el llavero en la mano y lo puso sobre la mesa.

Jackson chascó la lengua.

—Puede marcharse, señor Barrie.

—¿No me va a preguntar acerca de lo que me dijo Harvey?

—Me imagino que le habrá dicho dónde escondió la cartera y que usted podrá ir solo a recogerla, ¿o es que quiere que le demos protección?

—No, no la necesito.

—Estupendo. Cuando haya recuperado lo suyo, puede hacer lo que quiera. Su denuncia quedará como testimonio con respecto al asesinato de Margaret Frick.

—Sí, ya me lo dijo usted antes. —Mark hizo una pausa y fue a agregar algo más, pero finalmente se dirigió hacia la puerta—. Buenos días, capitán.

Salió a la calle y echó a andar por la acera en dirección al hotel.

Vio a un enjambre de muchachos jugando en la calzada. Le preguntó a uno de ellos por la calle 18, y poco después reanudaba la marcha en la dirección que le había señalado.

El número 87 era un chalet que estaba rodeado por un jardín y una verja de madera. La cancela estaba abierta, y Mark recorrió un camino de gravilla que lo condujo a un porche.

Todo parecía muy limpio y aseado.

Apretó el timbre y esperó.

Finalmente la puerta se abrió, apareciendo en el hueco una pelirroja de unos treinta y cinco años de edad, de curvas opulentas. Algunas arrugas le rodeaban la comisura de la boca, y bajo sus ojos empezaban a aparecer bolsas, que ella trataba de camuflar con el maquillaje. Se cubría con un batín rojo de escote en uve que le ceñía mucho.

—¿Señorita Villard…?

—Sí, yo soy.

—Mi nombre es Mark Barrie. ¿Podría hablar con usted?

Zully Villard miró atentamente a su visitante, y finalmente concedió:

—Pase, señor Barrie.

Fueron a un *living* donde reinaba un gran orden.

—¿Quiere sentarse, señor Barrie?

Barrie dio las gracias y ocupó un sillón, mientras ella se sentaba en el de enfrente.

—Usted dirá —dijo Zully, cruzando los brazos *sobre* las piernas.

—¿Conoce a Sam Harvey?

—Sí, desde luego. Le he tenido empleado algunas veces en mi casa, concretamente en la faena del jardín.

—¿Está al corriente de lo que ocurre, señorita Villard?

—El lechero vino esta mañana y me informó de todo lo relacionado con Sam Harvey. —¿Quiere decir que sabe que Sam Harvey ha sido acusado de un crimen que no ha cometido?

Zully arrugó el entrecejo.

—No le comprendo. ¿Cómo voy a saber yo eso?

—Sam Harvey pasó toda la noche en esta casa.

—¿Le ha dicho Sam Harvey eso?

—Sí.

—Es falso, señor Barrie.

Mark permaneció un rato mirando la cara de la rubia, pero no vio en ella la menor expresión.

—Veamos si nos entendemos, Zully. Sam Harvey llegó aquí anoche poco después de las diez, y le entregó a usted una cartera, que contenía alrededor de unos doscientos dólares.

Oh, no señor; todo eso es una historia absurda. Sam Harvey no ha estado aquí en ningún momento. Para ser exacta, yo no veo a Harvey desde hace un año.

—¿Está usted segura, Zully?

La rubia levantó la barbilla con altivez.

—Le estoy diciendo la verdad. Sam Harvey es el embustero.

—¿Y por qué iba a decir Sam Harvey una cosa como ésa, no siendo verdad?

—Está claro, señor Barrie. Sam Harvey ha pensado que le prestaría ese favor. Yo siempre me mostré afectuosa con él. Sentí

piedad por Harvey; pero ahora comprendo que cometí un error, o quizá él ha interpretado esa piedad como otra cosa.

Mark se puso en pie.

—Bueno, creo que ya no me queda nada que hacer aquí.

Zully también se levantó.

—No puedo decir que lo siento, señor Barrie. Después de todo, Sam Harvey no ha sabido corresponder a las deferencias que tuve con él.

—Ruede estar tranquila. Sam Harvey sólo me lo dijo a mí, pero no mencionó su nombre a la policía. —Mark se dirigió al vestíbulo, pero de pronto se volvió hacia Zully—. ¿Le dijo el lechero el nombre de la mujer asesinada?

—No lo sabía.

—Margaret Frick.

El rostro de la rubia continuó inalterable.

—¿No la ha conocido, Zully?

—¿Por qué había de conocerla?

—Fue una idea que cruzó por mi mente.

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Gracias por todo; y perdone la molestia.

—No hay de qué.

Mark salió de la casa, y cuando atravesaba la cancela del jardín observó que Zully Villard ya había desaparecido del porche.

CAPÍTULO VI

Caminaba pensativo por la calle Mayor cuando se detuvo al descubrir a Linda Harriman.

La joven estaba colocando unos paquetes en el asiento trasero de un convertible color crema. El coche era un «Jaguar» deportivo.

—Hola, señorita Harriman —la saludó.

Linda se volvió, con las cejas enarcadas.

—¿Todavía está por aquí?

—Encuentro su ciudad cada vez más interesante.

—¿Se refiere usted a ese crimen?

—Sí, y a otras cosas —dijo él, mirándola desde la cintura hasta la cara.

—Dentro de unos días, Centerville volverá a ser un pueblo vulgar, señor Barrie.

—Usted conoce bien esta comunidad. ¿Nació aquí, señorita Harriman?

—¿A dónde quiere ir a parar?

—Sólo quería preguntarle qué le parece todo lo relacionado con la muerte de esa mujer.

—¿Por qué le interesa mi opinión?

—Es lógico que la gente desconfíe de los forasteros y pensé que usted…

—Yo también desconfío de los forasteros, señor Barrie.

Mark pensó en Drake y en la cita que el periodista había convenido con la joven, pero no dijo nada.

—Usted quiere ser actriz, Linda, y una artista ha de ventilárselas con toda clase de público; con personas que no conoce.

—Luke Nelson tiene razón. Parece usted un policía.

—De modo que estuvo hablando con Luke Nelson. La joven se

mordió el labio inferior. —Luke es mi vecino. Lo encontré en el camino de mi casa cuando regresó del hotel. Se puso a hablar y hablar. Tiene en él a un gran admirador.

—Prefiero las admiradoras.

—No lo dudo, pero me dudo que en Centerville va a encontrar pocas.

—Me conformaría sólo con una. Hubo un silencio, y la joven dijo:

—Todavía no sé a qué se dedica.

—Escribo libros.

—Ya; y a usted le ha interesado el argumento que ha encontrado aquí.

—Sí, Linda; eso es.

—Lo siento pero tengo prisa. No puedo entretenerme en hablarle acerca de Centerville y sus habitantes.

—Puedo acompañarla. No tengo nada que hacer.

—Yo sí, señor Barrie.

Mark observó otra vez el «Jaguar», y ella dijo:

—No tenga malos pensamientos. El coche no es mío. Pertenece a los Anders.

—¿Los Anders?

¿Me va a decir que todavía no conoce usted a los Anders?

—Ni siquiera he oído hablar de ellos.

—Me defrauda usted como detective, señor Barrie.

—Necesito un ayudante. ¿Quiere ocupar la plaza? La joven abrió la portezuela del coche, ocupando el asiento delantero.

—Usted no necesita un ayudante, señor Barrie, sino un espía, un agente de información. Hasta la vista. El coche se deslizó por la calle y poco después desaparecía en una curva.

Mark había seguido el vehículo con la mirada.

—¿Ya recuperó su cartera? —Oyó que decía una voz a sus espaldas.

Se volvió bruscamente y descubrió a Jackson junto a la pared.

—No, capitán. Todavía no la recuperé.

—Vaya, ha tenido usted mala suerte.

—Sí, creo que empecé a tenerla cuando mi coche se metió en aquel bache.

El capitán se apartó de la pared y dirigió una mirada al cielo,

ahora azul.

—Va a hacer más calor. —Sacó un pañuelo y se lo pasó por el grueso cuello.

—Oiga, capitán.

—Diga, Barrie.

—¿Le ha hablado Luke Nelson?

—No. ¿De qué tenía que hablarme?

—Margaret Frick intentó establecer comunicación a su llegada.

El capitán interrumpió el movimiento de la mano con la que manejaba el pañuelo, y sus ojos cerdunos se empequeñecieron.

—¿Con quién, Barrie?

—No lo dijo.

—¿Quién no lo dijo?

—Luke Nelson vio encenderse la bombilla correspondiente a la habitación de Margaret, y preguntó a la chica con quién deseaba hablar, pero ella titubeó, diciendo que haría su llamada más tarde.

—¿Sólo eso?

—No hay nada más.

El capitán dejó de mirar a Barrie y se acercó al bordillo de la acera.

—Parece que le interesa el asunto, ¿eh, Barrie?

—Confieso que ha ganado mi curiosidad.

—Y, según parece, no está muy satisfecho con que hayamos cazado al culpable.

—¿Quién es el culpable, capitán?

Jackson lo volvió a mirar.

—No me gustan las bromas, Barrie.

—Hablaba en serio.

—Sam Harvey asesinó a Margaret; Frick. No hay duda de ello.

—Cuénteme cómo ocurrió, según usted.

—Está, la mar de claro. Sam le limpió a usted la cartera y se vino hacia el pueblo. En el camino se encontró con Margaret Frick. Ella iba sola y Sam es un hombre. Margaret Frick se defendió y él perdió la cabeza. ¿Quiere que se lo cuente con detalles?

Mark se acarició el mentón.

—Hay unos cuantos fallos en esa historia, capitán. —¿Qué fallos?

—La chica era una desconocida. ¿O es que me va a decir que

usted había oído hablar de ella?

—No, maldita sea. No había oído hablar nunca de Margaret Frick.

—Entonces, sabe perfectamente que salió del hotel a las cinco de la madrugada.

—Sí.

—¿Cómo explica que saliese a esa hora del hotel?

—Porque le dio la gana. ¿No tenía derecho? Usted mismo puede salir a las tres, a las cuatro, a la hora que se le ocurra a dar un paseo. Somos ciudadanos libres. ¿Dónde está el fallo? Ande, dígamelo… Marty Bradford sorprendió a Sam Harvey con las manos en la masa. Estaba cavando una fosa.

—¿Y si Marty Bradford se hubiese equivocado? ¿Y si él hubiese visto una figura a la que confundió con Sam Harvey? A las seis de la mañana no hay mucha luz.

—Oiga, Barrie; Marty Bradford dijo que era Sam Harvey y la cosa está clara. El vagabundo se largó con la pala, dejando el cuerpo de Margaret Frick en el suelo. Marty Bradford vino a mi casa a darme la noticia. Fuimos a ocuparnos del cadáver y lo trajimos aquí; y más tarde organizamos la batida para cazar a Harvey, de acuerdo con la versión de Marty Bradford, y justamente encontramos a Harvey escondido en una cueva, temblando de pies a cabeza, porque él sabía mejor que nadie que le atraparíamos.

—No se excite, capitán. Recuerde lo de su tensión.

Jackson se había quedado con la boca abierta, como si fuese a dar un mordisco.

—Usted me ha sacado de quicio, Barrie.

Mark sacó un cigarrillo, y después de prenderlo dijo:

—Sam Harvey tenía su coartada.

—No me diga —rezongó Jackson.

—Según él pasó la noche con Zully Villard, le entregó a ella la cartera y se marchó a las siete y media de la casa.

—¡Qué bonito! Pero no se preocupe; iré a hablar con Zully Villard.

—Ahórrese el viaje. Ya hablé con ella.

—¿Y qué le dijo?

—Hizo saltar por los aires la coartada Aseguró que no ha visto a Harvey desde hace un año.

Jackson soltó una risita.

—Y a pesar de todo, usted todavía no lo considera culpable.

Mark no contestó a eso nada. Dio una larga chupada al cigarrillo y mientras arrojaba el humo comentó:

—Me gustaría saber más acerca de Margaret Frick.

—Ya pedí informes a la capital del Estado, y es posible que tengamos algo para esta tarde.

En aquel instante, un coche apareció por el fondo de la calle. Era un «Continental» descapotable, color marrón. Al volante viajaba un hombre que defendía sus ojos con gafas negras de sol.

El coche fue disminuyendo la velocidad, y se detuvo cerca de donde se hallaban Jackson y Barrie.

—Buenos días, capitán —dijo el hombre del volante.

—¿Cómo está, señor Anders?

—Perfectamente. Me encontré en el camino a la señorita Harriman, y ella me puso al corriente de lo que pasa.

—Ya terminó todo, señor Anders. Encerré a Harvey en el calabozo.

—Enhorabuena, capitán; pero dígame, ¿quién es la víctima? Nunca he oído hablar de esa Margaret Frick.

—El caso es que tampoco tengo ninguna noticia, pero ya sabremos algo de ella.

Barrie calculó que Anders tendría unos treinta y cinco años de edad. Su rostro era bien parecido; se cubría con un jersey blanco que dejaba los bronceados brazos al descubierto.

El capitán Jackson hizo las presentaciones.

—El señor es Mark Barrie, un escritor que está de paso aquí, señor Anders… Barrie, éste es George Anders.

George sonrió enseñando una dentadura perfectamente alineada, muy blanca.

—Celebro conocerle, Barrie, aunque temo que haya llegado en un mal momento para conocer nuestro pueblo.

—Creo que no habría conocido tantas cosas de Centerville si no fuese por lo que ha ocurrido.

Hubo un silencio entre los tres hombres, y luego, Anders hizo un saludo con la mano.

—Celebraré que Centerville sea de su agrado, señor Barrie. Hasta la vista, capitán Jackson.

Puso en marcha otra vez el coche, y se alejó rápidamente.

—¿Quién es, capitán? —preguntó Barrie.

—George Anders.

—Eso ya lo dijo.

Jackson le miró otra vez a los ojos.

—Los Anders son una institución en Centerville. Llegaron aquí hace un siglo. El primero de los Anders reunió una fortuna con las minas de manganeso, y hoy, al cabo de los años, la familia sigue explotando el mineral. Es la riqueza más importante de la región. Realmente, Centerville no existiría sin los Anders.

—¿Casado?

—Sí. La esposa de George, Myriam, es la mujer más encantadora de todo el condado. —Jackson exhaló un suspiro—; pero la felicidad nunca es completa.

—¿Qué les pasa a los Anders?

El capitán se pasó el pañuelo por la frente.

—No tienen hijos.

—¿Qué hace allí la señorita Harriman?

Jackson sonrió.

—Lleva muy poco tiempo en Centerville, pero ha entablado relaciones con mucha gente.

—Es lo que le dije antes. Han sido las circunstancias.

Jackson sacudió la cabeza.

—Linda es una especie de secretaria. Se ocupa de recibir las cartas y de contestarlas, y de organizar la biblioteca.

—Debería ser un buen cargo para ella. —Lo es.

—Sin embargo, Linda quiere ser actriz.

—Bueno, ¿quién no ha soñado con algo en la vida?

Yo quise ser aviador, y me imagino que usted alguna vez habrá aspirado al premio Pulitzer.

Hubo un silencio entre los dos hombres, y luego Jackson dijo:

—Bien, Barrie; he de volver a la oficina. Quizá me anime a preguntar otra vez a Harvey acerca de su cartera. Debe haberla escondido en alguna parte.

—Seguro.

—¿Va a quedarse en el pueblo?

Barrie no contestó al pronto. Sólo lo hizo cuando Jackson soltó un gruñido interrogativo.

—Quizá me quede hasta la noche. —Hizo una pausa—. Por si usted consigue encontrarme la cartera.

El capitán se pasó la lengua por los labios.

—Va a nacer un día de mucho calor. Hasta luego, Barrie.

Descendió de la acera, y Barrie lo vio cruzar hacia la otra parte de la calle, camino de la oficina.

Barrie se dirigió al hotel. En el registro estaba Lionel Kok.

—Oiga, Lionel, quizá su compañero Luke le habló de que yo soy escritor.

—Sí, me lo dijo.

—Estoy interesado en las colmenas. Me dijeron que Marty Bradford se ocupa de eso y me gustaría echar una parrafada con él acerca del tema.

—Marty Bradford vive en la calle Roosevelt. No tiene pérdida, porque es el número uno. Sólo tiene que volver a la izquierda en la primera transversal.

Barrie le dio las gracias.

Minutos más tarde, cruzaba un jardín parecido al de la casa de Zully Villard. En el porche había dos solitarias mecedoras.

Apretó el timbre y le abrió la puerta una mujer muy gruesa, de unos cincuenta años de edad, que tenía la cabeza llena de bigudíes y se cubría con una sucia bata.

—¿El señor Bradford?

—¿Para qué lo quiere? —graznó la mujer.

—Desearía hablar con él.

La mujer midió con la mirada a Mark y volvió la cabeza hacia dentro.

—¡Eh, Marty! ¡Aquí hay un caballero que pregunta por ti!

Unos pies se arrastraron por el piso, y la mujer se apartó para dejar paso a un hombre de unos cincuenta y cinco años. Era más grueso todavía que ella, y defendía sus ojos con lentes.

CAPÍTULO VII

—¿Quién es usted? —preguntó Marty Bradford.

—Mark Barrie.

—Ya comprendo; escribe para un periódico.

Mark se dijo que eso también era cierto en su caso. Él escribía para su amigo William Hopper, en Calhoum Falls.

Bradford volvió la cabeza.

Anna, la de los bigudíes, hizo una mueca.

—Márchate, Anna.

—Ten cuidado, Marty. No me gustan esos tipos presuntuosos de la capital. —Hizo un gesto agrio, para indicar claramente que Mark Barrie no era una excepción a la regla. Pero se retiró rápidamente, y entonces, Marty Bradford dio un paso hacia el porche y cerró la puerta tras sí.

—Es un demonio de mujer, ¿sabe? Son treinta años de matrimonio, y a mí me da la impresión de que llevo treinta años de trabajos forzados.

Se sentó en una mecedora y señaló la otra a Barrie, quien aceptó la invitación.

—Dígame, señor Barrie.

—Quisiera saber cómo encontró a Sam Harvey. —Está la mar de claro. Yo iba hacia la Colina Roja a echar una ojeada a mis colmenas.

—¿Qué hora era?

—Más o menos las seis. Salí de casa a las cinco y media, y creo que me lleva media hora hacer el camino que hay de aquí al bosquecillo de las encinas. Oí un ruido y me detuve. Fue entonces cuando vi a Sam Harvey.

—¿Dónde estaba?

—Entre dos encinas, cavando una fosa.
—¿A qué distancia estaba de usted?
—¿Cómo?
—¿Qué distancia había entre usted y Sam Harvey?
Bradford arrugó el ceño.
—Ya le comprendo. Usted cree que pude equivocarme.
—No he dicho eso. ¿Qué distancia era?
—Quince yardas; puede que fuesen veinte.
—¿Había mucha luz?
—Regular. Oiga, no me gusta el tono de sus preguntas.
—¿Por qué no, Bradford?
—Parece como si dudase de mi palabra.
—¿Volvió la cabeza Sam Harvey hacia usted?
—Sí. Yo también debí de hacer ruido, y él entonces interrumpió su trabajo y se volvió hacia mí.
—Y entonces usted le vio la cara.
—No, la cara no. Estaba demasiado lejos para mí, pero era la figura de Sam Harvey.
—¿Cómo iba vestido el vagabundo?
Marty Bradford entreabrió los labios, permaneciendo un rato pensativo. Entonces Barrie dijo:
—Cuando pescaron a Sam en la cueva, llevaba una cazadora de cuero y pantalones claros.
—¡Eso es!
—¿Qué quiere decir?
—Le vi perfectamente la cazadora de cuero. Ahora recuerdo que tenía el cuello levantado, y sus pantalones resaltaban mucho porque eran claros.
Barrie se echó hacia delante.
—Creo que se equivoca, Bradford.
—¿Qué dice?
—He dicho que se equivoca. Cuando cazaron a Sam en la cueva sólo llevaba chaqueta y pantalón oscuro.
Los ojos de Bradford parecieron aumentar de tamaño tras los lentes.
—De modo que me ha tendido una trampa, ¿eh, Barrie?
—Sí, algo así; pero hay algo más. Usted es miope.
Bradford apretó los puños sobre las rodillas.

—¿A qué periódico representa, Barrie?

Mark ignoró la pregunta.

—Apuesto a que uno de sus ojos, el derecho, tiene más de tres dioptrías, y el otro dos; y, por la forma de su montura, compró esas gafas hace una infinidad de años. No debe haber ido al óptico en un quinquenio. Ahora está más miope que cuando se hizo esas gafas.

—Márchese, Barrie.

—Usted sólo vio la figura de un hombre allá en el bosque. No pudo identificarlo. Estaba demasiado lejos de aquel individuo, y a las seis no debería haber mucha luz. El tipo que estaba cavando la fosa le descubrió a usted y se largó corriendo. Es posible que usted pensase que era Sam Harvey, o el que alguien le haya llevado al convencimiento de que era Sam Harvey.

El rostro de Bradford estaba pálido.

—¡He dicho que se largue!

La puerta de la casa se abrió de repente, y la esposa del cosechero de miel salió al porche.

—¿Qué te pasa, Marty? —Gruñó, y luego se quedó mirando a Barrie—. Te previne contra él.

—Cállate tú —dijo Bradford.

Mark se puso en pie.

—Gracias por todo, señor Bradford.

—¿Qué es lo que va a decir de mí en su periódico, señor Barrie?

Mark había bajado del porche, y se volvió para mirar al matrimonio.

—Todavía nada, Bradford. A mí no me gusta decir las cosas hasta estar convencido de ellas; pero, si le interesa mi opinión, le diré que no me gustó nada su declaración como testigo. Buenos días.

Salió fuera, regresando hacia la calle Mayor. Vio a un muchacho que estaba aserrando un tronco, y preguntó por el camino más próximo para llegar a la Colina Roja.

El otro se lo dijo, y se puso en camino.

Dejó atrás las últimas casas del pueblo, en dirección sur. El terreno se tomó muy abrupto, pero siguió un sendero; y unas yardas más allá se detuvo, diciéndose que Marty Bradford debería haber ido por allí, porque era el camino más próximo a la calle Roosevelt.

Había recorrido una milla cuando descubrió el bosque de

encinas en una pequeña depresión del terreno.

Se metió por entre las encinas; y de pronto se detuvo al ver a unas quince yardas un trozo de tierra removida.

Apostó consigo mismo a que Marty Bradford no había podido ver con claridad al hombre que cavaba la fosa. Era imposible teniendo en cuenta su miopía, la distancia, y que cuando Bradford llegó allí eran las seis de la mañana.

Siguió andando, y se detuvo ante el hoyo que supuestamente Sam Harvey había cavado para enterrar el cuerpo de Margareth Frick.

Oyó crujir una rama a su espalda y se volvió bruscamente. Allá, detrás de un tronco, había una persona. Estaba a unas diez yardas. Pudo ver los pantalones del individuo y la chaqueta, e incluso algo de su cabeza. Era estúpido por parte de aquel sujeto permanecer allí escondido. ¿Acaso ignoraba que el tronco no podía ocultarlo totalmente?

—Salga de ahí —dijo.

El tipo siguió quieto detrás del árbol.

Mark arrugó el entrecejo.

—¿Es que no me ha oído? Salga.

Entonces salió. Era un hombre joven, de unos veintiséis o veintisiete años, enormemente corpulento, macizo, de cabeza muy grande y cabello castaño, revuelto. Sus ojos eran saltones, y brillaban de una forma extraña. Se cubría con traje oscuro y camisa a cuadros grises, sin corbata. Tenía las manos muy pegadas a los muslos, y eran unas manos grandes, de dedos poderosos.

Mark notó algo extraño en aquel hombre.

—Acérquese —le dijo.

El joven no se movió. Sus grandes ojos seguían observando a Barrie.

—¿Por qué ha venido, doctor?

—¿Qué es lo que dice?

—Debió servirle de escarmiento lo de la otra vea.

—Creo que me confunde con otra persona, muchacho.

—No le servirá de nada. Usted no podrá llevarme.

Barrie se dio cuenta de que aquel hombre se estaba poniendo nervioso. Había empezado a mover los dedos y ahora le temblaba el labio inferior.

—Márchese, doctor.

—No soy doctor. Mi nombre es Mark Barrie y es la primera vez que vengo a Centerville. —Está bien. Será peor para usted—. El hombre metió rápidamente la mano en el bolsillo y la sacó con una navaja, cuyo resorte hizo funcionar.

La hoja de acero, larga y ancha, brilló al ser acariciada por los rayos del sol.

Barrie se quedó dónde estaba, observando la mano armada.

—Guarde eso —dijo.

—Prometió que no me llevaría allá otra vez.

—No te voy a llevar a ninguna parte, chico —lo tuteó Barrie—; por el contrario, quiero ser tu amigo.

Pero sus palabras no lograron calmar al muchacho.

—Le voy a destripar, doctor.

—Es preferible que te estés quieto. Si te molesta mi presencia, daré media vuelta y me marcharé. ¿Estamos de acuerdo?

—No, no lo estamos. Usted vino con los otros.

—No vine con nadie.

—Lo ha hecho como la otra vez. Los otros están escondidos. Ande, diga que salgan, los destriparé a todos. —Movió la cabeza de un lado a otro mirando por entre, los árboles.

—¿Ves? No hay nadie —dijo Barrie.

El tipo del cuchillo le miró a la cara.

—Sé que están muy cerca. Usted y ellos están dispuestos a caer sobre mí. Por eso tengo que matarlo, doctor… No puedo consentir que me lleven.

Mark empezó a preocuparse. Ya había comprendido por qué los ojos de aquel joven brillaban de aquella manera tan extraña. No le funcionaba bien la cabeza. Tenía una solución a su alcance: dar media vuelta y echar a correr; pero ahora el hombre dio dos pasos rápidos hacia la izquierda, cubriendo el sendero que conducía al pueblo.

Barrie miró hacia delante. No conocía el terreno, y aquel tipo había demostrado ser muy ligero al moverse. Si huía, sería mucho peor. En primer lugar, el loco podría alcanzarle; y aunque no fuese así, no podría vagar de un lado a otro.

Asentó los pies en el suelo, decidiendo hacerle frente. Hablaría otra vez con él, para convencerle de que no era ningún doctor.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho?

El joven no contestó. Se fue combando hacia delante, mientras apartaba del muslo la mano con el cuchillo.

Barrie supo entonces que tendría que luchar para defender su vida.

CAPÍTULO VIII

El joven del cuchillo embistió a Barrie, y éste saltó a un lado. La hoja cortó el vacío. Mark tenía la esperanza de que al fallar el golpe, el tipo se viniera abajo; pero resultó que su juicio en cuanto a la ligereza de su enemigo había sido exacto.

El hombre se revolvió en un palmo de terreno, enfrentándosele de nuevo. Abrió las fauces, tragando y levantando los brazos.

—¡No escapará, doctor! —dijo.

—No soy el doctor que tú crees, muchacho. Anda, guarda el cuchillo y hablemos como dos amigos.

Por toda respuesta, el tipo se abalanzó sobre él. Barrie había levantado la mano y la dejó caer sobre la muñeca. Estuvo a punto de fallarle el golpe, porque el muchacho había lanzado el brazo con mucha fuerza. Por un momento, Barrie pensó que el cuchillo se hundiría en su carne; pero tras el golpe seco, el hombre lanzó un grito gutural, se estremeció de la cabeza a los pies y abrió la mano, dejando caer el cuchillo en el suelo.

Barrie cometió un fallo al estarse quieto, pues el otro se recuperó al momento y se le echó encima, levantando los brazos.

Cuando Mark fue a darse cuenta, las garras poderosas del joven le habían atenazado por el cuello.

—¡Suelta, muchacho! —dijo, atrapándolo por las muñecas.

Pero aquellos dedos gruesos no obedecieron a su mandato sino que, por el contrario, apretaron con más fuerza.

Barrie clavó sus dedos en los tendones, lo cual sólo sirvió para que las manos cerrasen aún más el dogal que empezaba a estrangularlo.

El aire huyó de sus pulmones, y sintió que la sangre le latía en las sienes.

Observó la cara del hombre, y la vio desencajada, con los ojos muy abiertos, lo mismo que la boca, por cuyas comisuras le caía la baba.

Entonces se dejó caer al suelo bruscamente, y el hombre lo acompañó en la casa, pero rápidamente Barrie proyectó hacia arriba la rodilla con todas sus fuerzas.

El loco recibió el impacto en el estómago, y por un instante aflojó los dedos; aquél fue el momento para que Mark le golpeara otra vez con la rodilla, y su enemigo rodó, dejándole libre.

Mark se puso en pie, oyendo el silbido del aire que llegaba a su pecho.

El esquizofrénico también se incorporó, soltando gruñidos incoherentes; y de pronto se agachó y su mano tomó una gruesa piedra.

Su rostro seguía surcado por una mueca infrahumana.

Una voz gritó:

—¡Quieto, Jimmy!

El joven giró bruscamente la cabeza, asustado, y Barrie miró también en aquella dirección.

Mark sintió un escalofrío por la espalda; nunca había visto una mujer tan hermosa como aquélla. Tendría veintisiete o veintiocho años de edad, y era muy esbelta, morena, de cabellos y ojos negros, cara bellísima y labios muy rojos; y los senos eran grandes y pujantes.

Se cubría con una falda gris, que le ceñía los muslos, y blusa blanca.

—¡Suelta esa piedra, Jimmy! —dijo.

—No te enfades, Myriam —repuso Jimmy, todavía con la piedra en la mano. Hubo un silencio, y luego, Myriam golpeó con el pie en la tierra.

—¡Tira eso!

Jimmy arrojó la piedra a sus pies, y luego se pasó la mano por la pernera del pantalón, limpiándola de tierra.

Jimmy miró a Barrie.

—Es el doctor, Myriam. Me quiere llevar otra vez.

—Cállate, Jimmy. Nadie te quiere llevar.

Se hizo otro silencio, y Barrie sintió sobre sí la mirada de los ojos grandes y negros.

—¿Quién es usted?
—Mark Barrie.
—No debió excitar a Jimmy.
—No le excité.
—Jimmy es muy sensible y usted ha debido decirle algo que le ha puesto nervioso.
—Se equivoca. No le dije nada.
Myriam dio unos pasos y cogió del suelo la navaja, guardándola en el bolsillo de la blusa.
De pronto, se oyó el ruido de una carrera, y Barrie vio aparecer a Linda Harriman por entre los árboles.
La joven se detuvo muy cerca de Myriam.
—¿Qué ha pasado? —preguntó con ansiedad.
—¡No ha pasado nada, señorita Harriman! —contestó Myriam, rabiosamente—. ¡Pero usted ha incumplido su obligación!
Las mejillas de Linda empezaron a sonrojarse.
—Estaba escribiendo una carta en la biblioteca. Había visto a Jimmy sentado en la terraza.
—No debió fijarse mucho, puesto que Jimmy tuvo oportunidad para escapar.
—Lo siento; yo…
Myriam la interrumpió.
—Vamos, Jimmy.
Jimmy movió la cabeza de arriba abajo y, dócilmente, fue donde estaba Myriam, la cual lo tomó de la mano.
Luego, Myriam volvió a mirar a Barrie, y en esa posición, dijo:
—Hable con este caballero, señorita Harriman.
—Sí, señora Anders —dijo Linda.
Seguidamente, Jim y Myriam empezaron a alejarse, y poco después desaparecieron tras los árboles.
Linda se echó el cabello hacia atrás, mientras detenía la mirada en la figura de Mark.
—¿Qué ocurrió, señor Barrie?
Mark sacó un cigarrillo y, después de prenderle fuego, dijo:
—Jimmy intentó liquidarme con una navaja.
—¡No!
—Es lo que hizo; y por ello la señora Anders la ha dejado a usted aquí, para que me convenza de que la cosa no tuvo la menor

importancia.

Hubo un silencio. La joven dio unos pasos y se apoyó en el tronco de un árbol.

—¿Por qué vino aquí, señor Barrie?

Barrie señaló el hoyo.

—Es aquí donde, al parecer, Sam Harvey iba a enterrar el cuerpo de Margareth Frick.

—De modo que está investigando el crimen.

—Sí.

—¿Por qué?

—Todavía no lo sé.

—Sí lo sabe. Cree que Sam Harvey no lo hizo.

—Pensó que sería yo quien hiciese las preguntas. Vine a éste lugar y han estado a punto de matarme.

—¿Qué quiere saber?

—En primer lugar, ¿quién es Jimmy?

—El hermano de la señora Anders.

—¿Por qué no está recluido?

—Jimmy no está considerado como persona, peligrosa.

—¿Es un chiste, señorita Harriman?

La joven se mojó los labios con la lengua.

—No comprendo lo que ha podido ocurrir para que Jimmy haya intentado matarle. —Me confundió con cierto doctor; y sus palabras me hacen pensar que Jimmy estuvo alguna vez encerrado.

—Sí, fue hace dos años. La señora Anders lo llevó a Atlanta, pero Jimmy sólo permaneció en el hospital un par de meses.

—Lo debió pasar mal. No quiere volver allí.

—Nadie intenta llevarlo.

Hubo un nuevo silencio Barrie se miró la punta de los zapatos.

—¿Por qué vino aquí Jimmy, justamente dónde Marty Bradford vio a un tipo cavando la fosa para. Margareth Frick?

—Ya le entiendo. Usted cree que aquel hombre fue Jimmy.

—Demuéstreme que estoy equivocado.

—Es completamente absurdo.

—¿Por qué?

—Myriam encierra a Jimmy todas las noches.

—¿Con llave?

—Desde luego.

—Pudo escaparse por la ventana.

—No, señor Barrie. Jimmy duerme en el primer piso de la casa, y desde su ventana no podría llegar al suelo sin romperse la crisma. Hay más de cinco metros.

—¿A qué hora acostumbra a retirarse Jimmy?

—A las nueve de la noche ya estaba en cama.

—¿A qué hora lo dejan libre?

—Alrededor de las ocho.

Barrie dio una chupada al cigarrillo, dejando escapar el humo por los agujeros de la nariz.

—Oiga, Linda, la mujer muerta era una desconocida para todo el mundo. Creo que ahí está la clave del asunto.

—No le entiendo.

—Esa mujer vino a Centerville para algo. Quiero decir que era desconocida para todos menos para una persona; justamente para la que la asesinó.

—Peso eso sólo son imaginaciones suyas, señor Barrie. El capitán Jackson encontró a Sam Harvey en la cueva.

—Quizá Sam Harvey escapó cuando oyó que le acusaban del crimen.

La joven se apretó las sientes.

—Usted pasa de una cosa a otra demasiado aprisa.

—¿Conoce a Zully Villard?

—Sí.

—¿Qué opinión le merece?

—Nunca hablé con ella. Sólo la he visto de lejos.

Barrie dijo a la joven lo de su cartera y lo que Sam Harvey le había contado con respecto a Zully, así como el resultado de su visita a la pelirroja.

—Usted es el espíritu de la contradicción —comentó Linda—. Zully le ha dicho que Sam Harvey mentía, y, sin embargo, usted sigue pensando que Sam Harvey no lo hizo. —No lo digo como cosa segura, pero se me ocurre una cosa, Linda. Admito que Sam Harvey es un ladrón.

Yo fui su víctima. Pero, tal como habló en la celda, parecía que me estaba diciendo la verdad.

—Después de todo, resulta usted un ingenuo.

—Es posible.

—¿Por qué no admite lo más sencillo, señor Barrie? Sam Harvey le socorrió la pasada noche con ánimo de robarle la cartera; y más tarde, en la celda, le mintió. Es su piel la que está en juego.

—Sí, eso debe ser lo más sencillo.

—No se busque más complicaciones.

Barrie sonrió.

—Está bien, Linda. No más complicaciones.

—¿Se va a marchar de Centerville?

—He decidido hacerlo esta noche. —Barrie hizo una pausa—. Pero antes me gustaría echar una parrafada con usted.

—No volveré al pueblo hasta las cinco.

—Muy bien: será una buena hora. ¿Dónde quiere que la espere?

—En el bar de Spencer.

—De acuerdo.

—Hasta luego, señor Barrie.

La joven se volvió y echó a andar.

—¡Ah, Linda…!

—¿Sí? —preguntó la joven, volviendo la cabeza.

—¿Cuántos años llevan casados los Anders?

—Siete. ¿Por qué lo pregunta?

—Me dijeron que no tenían hijos.

—Myriam no puede tenerlos. Ha consultado con los mejores doctores, y todo ha resultado infructuoso.

Linda hizo un saludo con la mano y prosiguió su camino.

Entonces Barrie inició el regreso al pueblo, y dejó atrás el bosque de encinas, siguiendo el sendero.

De pronto, sonó un estampido, y oyó el silbido de la bala por encima de su cabeza.

CAPÍTULO IX

Dispararon otra vez, y la bala aulló al sepultarse a media yarda de sus pies.

Barrie se echó a rodar por la pequeña pendiente que había a la izquierda, y, cuando llegó abajo se mantuvo quieto, a la escucha.

Eran las doce de la mañana, y el sol quemaba como plomo derretido.

El capitán Jackson había acertado en su pronóstico. Era un día muy caluroso.

Oyó el canto de una chicharra, y aquél fue el único ruido audible en toda aquella extensión de terreno.

Observó el movimiento de la manecilla del segundero. Un minuto, dos…

A lo lejos oyó el pitido de un tren, y luego la chicharra quedó sola para agujerear la atmósfera.

Ya habían pasado quince minutos desde que le hicieron los dos disparos, cuando decidió subir.

Quizá el tipo le estaba esperando para volarla la cabeza.

Sonrió, recordando las palabras de Linda: «No se busque complicaciones», le había dicho.

Reptó hacia lo alto y sacó la cabeza poco a poco. Esperó a oír el estampido. ¿Cómo debería ser la muerte?

Sonó un zumbido. Un abejorro le pasó por encima. El insecto trazó un círculo y descendió unas pulgadas, pero luego se remontó rápidamente y se perdió en el aire.

Empezó a enderezarse, hasta quedar de rodillas. Sus ojos fueron observando pulgada a pulgada el terreno. Enfrente había un roble, y otros cuatro más allá. Pero no vio ningún ser humano. Quien había disparado debió haberlo hecho desde uno de los troncos.

Más allá de los robles, el terreno era muy quebradizo y el tipo podría estar allí ahora, esperando el momento para disparar; y si el arma estaba provista de un teleobjetivo, el tipo le estaría observando, sin perder detalle de sus movimientos.

Estaba en Centerville, donde los Anders eran una institución, donde había un capitán de policía que se llamaba Jackson, y el cadáver de una mujer, y un vagabundo que estaba en la celda de la cárcel gritando que era inocente. Había dos mujeres seductoramente hermosas, una rubia y una morena; y las dos pasaban muchas horas bajo el mismo techo, y una se llamaba Linda y otra Myriam. También había un loco.

Una bonita historia. Terminó de ponerse en pie y echó a andar por el sendero, un paso, dos.

¿Qué le pasaba al tipo ahora? ¿Por qué no disparaba?

Mark Barrie comprendió que se estaba engañando a sí mismo, porque él no habría salido del escondite si el tipo estuviera allí. No; el individuo había fallado sus dos disparos, y decidió largarse antes de probar suerte por tercera vez.

Entró en el vestíbulo del hotel, y Lionel Kok le preguntó, desde el registro:

—¿Ya vio a Bradford?

—Sí.

—Debe haber aprendido mucho sobre colmenas.

—Seguro, Lionel.

Barrie ascendió la escalera y se encerró en su habitación.

Permaneció una hora quieto, pensativo.

De pronto, llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó, quedando sentado en el lecho.

No le contestó nadie, pero oyó un suave roce y vio aparecer un papel por el resquicio de la puerta.

Invirtió dos segundos en reaccionar. Luego saltó de la cama rápidamente, dio la vuelta a la llave y abrió la puerta, saliendo fuera, pero en el corredor no había nadie. Entonces retrocedió, cogiendo el papel, que estaba en el suelo. En él habían escrito:

> «Señor Barrie: Le ruego venga a mi casa a las tres de la tarde. No venga antes.

Zully Villard».

Mark dobló el papel y lo guardó en el bolsillo.

Bajo al registro. Allí estaba otra vez Lionel.

—¿Quién ha subido arriba, Lionel? —preguntó.

—¿Subir…? Nadie.

—Déjate de cuentos. Ha habido una persona que ha llegado hasta el corredor.

Lionel hizo una mueca.

—Oiga, ¿se encuentra bien, señor Barrie?

—¿Has estado todo el tiempo aquí?

—Sí, señor. Bueno, sólo falté cinco minutos. Me metí ahí dentro. —Señaló la habitación adyacente—. Quería buscar una novela.

Barrie dio media vuelta y subió otra vez a su habitación.

Se acercó a la ventana y miró hacia la calle. En la acera del otro lado estaba detenido un hombre a quien ya conocía. Era el policía rubio que no había querido dejarle entrar en la oficina cuando fue a denunciar el robo de su cartera.

El tipo estaba ante el escaparate de un almacén general, fumando un cigarrillo. En aquel instante alzó la mirada y le vio a él, Mark, en la ventana. Los dos se observaron durante un instante. Finalmente, el rubio echó a andar, alejándose calle abajo.

Mark se tendió otra vez en la cama, y poco después, dormía.

Cuando despertó, se quedó asombrado al ver que faltaban diez minutos para las tres.

Se lavó rápidamente y se puso camisa limpia y otro traje de paño tropical, color gris perla.

En el registro seguía estando Lionel, el cual leía su novela.

—¿Va a salir con este sol, señor Barrie?

—Quiero dar un paseo.

Lionel se quedó con la boca abierta, y luego dije:

—Ni siquiera los de aquí se atreven a salir a la calle a estas horas. Seguro que se va a desmayar. Haría bien en quedarse.

—Gracias, Lionel —dijo Mark, y continuó su camino.

A todo lo largo de la vía pública no había nadie. Uno podía permanecer quieto y oír el crujido de las maderas recalentadas por el sol. Enfrente, en el almacén general, había un perro, tendido cuán largo era, a la sombra de un barril, y un centenar de moscas le

recorría el cuerpo. El can hacía temblar su pellejo, pero con ello no conseguía nada.

Un reloj puso en juego el engranaje de las horas y empezó a soltar campanadas. Una…, dos…, tres… La última se perdió a lo lejos solemnemente, grave.

Mark echó a andar en dirección a la calle 18.

Cuando llegó ante la cancela del jardín, se detuvo, observando los alrededores. Todo estaba tranquilo. Seguía sin ver a nadie.

Impulsó la cancela, y una vez dentro, la cerró; caminando por el sendero, que le condujo al porche.

Apretó el timbre de la puerta y esperó.

Dejó pasar unos segundos, pero la puerta seguía cerrada. Entonces puso la mano en el tirador, pero no pudo abrir, porque estaba echada la llave por dentro.

Otra vez apretó el timbre.

Transcurrió un minuto, y él seguía allí, en el porche, sin oír ningún ruido en el interior.

A la derecha había una ventana, pero estaban las persianas cerradas. De todas formas, se acercó a ella, golpeando con los nudillos en los cristales. Acercó la boca a las junturas, exclamando:

—¡Señorita. Villard! —Luego aplicó la oreja, pero del interior no le llegó ningún ruido.

Apoyó la mano en la baranda y saltó al otro lado, dando la vuelta a la casa.

Allí había otra ventana, y el cierre de guillotina no estaba totalmente bajado. Metió las manos por la abertura y empujó hacia arriba. Cuando el huevo fue suficientemente grande para poder pasar, se coló dentro.

En la estancia había una cama, un armario y una mesilla de noche. La cama estaba deshecha, pero en la habitación se encontraba él solo.

Al fondo habla una puerta, que abrió, encontrándose en un corredor. Cruzó éste rápidamente, yendo a parar al *living* donde Zully le había recibido aquella mañana.

Se detuve de pronto, al ver que había un sillón volcado.

En uno de los brazos había una mancha de sangre. Se movió despaciosamente, y entonces vio la mano que aparecía por detrás del diván. Estaba inmóvil, y sobre la piel blanca observó manchas

rojas.

Dio la vuelta rápidamente y la vio. Estaba boca abajo, encogida, muy inmóvil.

—¡Zully!

El cabello rojo le cubría totalmente la cara.

Se agachó sobre ella y le dio la vuelta.

Se retiró unas pulgadas, al ver el mango del cuchillo que le sobresalía del pecho. El vestido, que era blanco, estaba lleno de sangre. Le habían propinado diez o doce puñaladas; quizá fuesen quince.

El rostro estaba muy pálido, con los ojos semiabiertos.

Le cogió la muñeca. Aún no estaba fría.

—Zully había sido muerta recientemente. Quizá no habían transcurrido diez minutos.

Hasta era posible que el asesino estuviese todavía en la casa.

Entones dejó otra vez el cuerpo en el suelo y se dispuso a registrar las habitaciones.

CAPÍTULO X

Al fondo del corredor, a la derecha, había otra puerta. Fue muy despacio allá y abrió de un tirón colándose dentro. No; tampoco había nadie.

Se dirigió a la cocina, que estaba al final del pasillo y también estaba solitaria. Allá había una puerta trasera, pero estaba cerrada por dentro.

De modo que él se encontraba solo en la casa con la muerta.

Entonces comprendió lo que había ocurrido. El asesino huyó por la ventana que él había utilizado para entrar.

Regresó al *living* y lo observó todo. Junto a la pared encontró un trozo de cristal negro. Lo examinó un rato y se lo guardó en el bolsillo. Luego fue al primer dormitorio y abrió el cajón de la mesilla de noche y los del tocador, sin encontrar nada que le sirviera. Encontró muchas polveras, lápices labiales, pendientes, collares…

Fue al otro dormitorio y empezó a registrarlo. En el armario, en el segundo cajón, halló un libro de tapas rojas. Era un diario, pero Zully apenas lo había utilizado. Correspondía al año 1958; y Zully empezó a escribir el primero de enero, pero al día siguiente se había aburrido y ya lo había dejado. Eso estaba muy de acuerdo con la personalidad de la mujer asesinada.

De pronto, algo resbaló por entre las hojas del libro, cayendo al suelo.

Era una fotografía. La cogió, observando la imagen de las dos mujeres. Una de ellas era Zully Villard, con nueve o diez años menos. La otra era una rubia muy esbelta y hermosa, de bello rostro. Ambas estaban en bañador, en la playa, y sonreían.

Mark dio la vuelta a la foto, y detrás vio un nombre: Rose

Norton, Riverside Avenue, 123, Jacksonville. Florida.

Guardó la fotografía en la cartera. Puso todo lo demás en su sitio, y a continuación invirtió más de quince minutos en limpiar con el pañuelo todo lo que había tocado con las manos.

Abandonó la casa por el mismo lugar, saliendo por la ventana con cierre de guillotina.

Cuando llegó a la calle Mayor, se detuvo junto a la esquina, observando que al fondo había un grupo de gente, justamente frente a la oficina de la policía.

Pasó al otro lado de la calle y echó a andar hacia el grupo de ciudadanos.

El capitán Jackson estaba en la puerta.

—Vamos, muchacho, un poco de serenidad. No quiero que nadie entre aquí. Os informaré dentro de un rato. Necesito hablar con Frank. Mientras tanto, podéis echar un vistazo por ahí.

El capitán descubrió en aquel instante a Barrie, que se acercaba. Otros ojos observaron al joven, pero éste no se detuvo.

—Quiero hablar con usted, capitán —dijo.

Jackson hizo una mueca.

—Muy bien, pase.

Barrie entró en la oficina y vio al policía rubio que estaba sobre la mesa, con el cabello alborotado. Una de las mangas de su camisa se había desgarrado, y en la ceja tenía una pequeña herida, de la que había manado sangre.

Jackson gritó otra vez desde la puerta:

—¡Os prometo que todo quedará arreglado antes de que sea de noche!

Luego se metió dentro y cerró la puerta.

Barrie y el policía rubio se estaban observando.

—¿Qué quiere, señor Barrie? —preguntó Jackson.

—Han asesinado a Zully Villard.

—¿Cómo?

—Acabo de regresar de su casa. La encontré muerta, acuchillada.

—¡Maldita sea!

Barrie dio unos pasos y se detuvo, diciendo:

—Imagino que el hombre que mató a Margaret Frick es el mismo que ha liquidado ahora a Zully.

—Sí —dijo Jackson.

—Por lo tanto, Sam Harvey no es asesino.

Hubo una pausa; y luego Jackson dijo, moviendo la cabeza:

—Sam Harvey es el asesino.

Barrie desvió la mirada de Jackson hacia el rubio, y luego otra vez a Jackson.

—Se ha escapado, ¿eh?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace quizá media hora.

—¿Cómo pudo hacerlo?

—Cuéntaselo, Frank —dijo Jackson.

El rubio exclamó:

—¿Qué le importa a este entrometido, capitán?

—¡Cuéntaselo! —gritó Jackson.

Frank quedó unos segundos en suspenso, y, finalmente, sacudió la cabeza.

—Está bien, capitán. —Se pasó una mano por la cara—. Yo estaba solo aquí, cuando, de pronto, Sam Harvey se puso a dar gritos. Me acerqué hasta la celda, y me dijo que tenía perforación de estómago. Yo sé desde hace algunos años que él padecía de úlcera. No le creí en los primeros momentos, pero él siguió gritando, mientras se revolcaba por el suelo. Admito que fui un estúpido al picar el cebo; pero tenían que haberle visto, chillando y chillando como un loco. Finalmente, le abrí la puerta, y entonces él me agarró por los pies y dio un tirón. Este condenado tuvo mucha suerte, porque golpeé con la cabeza contra la pared y perdí el sentido. Si no hubiese sido por eso, lo habría arreglado.

En la estancia se hizo un silencio, que Barrie interrumpió:

—¿Llevaba usted pistola, Frank?

—Claro que sí, pero ese maldito se la llevó. —No utilizó la pistola para matar a Zully Villard Jackson preguntó:

—¿Lo hizo con las manos?

—No, con un cuchillo.

—¿Qué clase de cuchillo?

—Uno de mango negro.

Frank abrió de un tirón el cajón de la mesa que tenía delante.

—Está claro, capitán. Se llevó también el cuchillo que le

quitamos la semana pasada al chico de los Riordan. No tuvo bastante con la pistola. Naturalmente, un arma hace ruido.

Jackson se puso a rezongar por lo bajo:

—El caso es que la has hecho buena, Frank. Lo dejaste escapar para que cometiese otro crimen.

—Lo siento, capitán —dijo Frank.

Jackson miró a Barrie.

—¿A qué fue usted a casa de la Villard?

Barrie sacó el papel y se lo alargó a Jackson, quien lo leyó en silencio, ya continuación se lo dio al rubio.

Barrie se pasó una mano por el cabello, mientras explicaba que había tenido que entrar por una ventana porque la puerta de Zully estaba cerrada con llave. Luego preguntó:

—¿Por qué iba a matar Sam Harvey a Zully Villard?

—No se las de ingenuo, señor Barrie —dijo Jackson—. Usted lo sabe tan bien como yo. Sam Harvey había pensado que Zully le ayudaría a probar su coartada. Fue a usted a quien Sam le endosó lo de que había pasado la noche con Zully, pero la muchacha prefirió decir la verdad y lo negó.

—¿Le contó usted a Sam Harvey el resultado de mi entrevista, Jackson?

—No, yo no. —Jackson miró al rubio—. ¿Qué dices tú?

Frank se mojó, los labios con la lengua.

—Sí, yo se lo dije.

—¡Maldita sea! —exclamó Jackson—. ¿Qué clase de policía eres, Frank? No hiciste otra cosa que exacerbar al vagabundo. Eso fue lo que le hizo cobrar ánimos para intentar la huida y ajustarle las cuentas a Zully.

Frank se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Está bien, capitán. Toda la culpa es mía; pero uno no puede suponer lo que va a pasar.

Jackson le hizo una señal para que callara y se dirigió otra vez a Mark:

—¿Qué encontró en la casa, señor Barrie?

Mark contestó, muy rápidamente, porque tenía la respuesta preparada:

—Nada. El asesino ya había huido.

Hubo otra pausa y luego Jackson dijo:

—Está bien, Frank; quédate aquí. Yo me ocuparé de todo lo demás. Hemos de atrapar a Sam Harvey antes de que haga más daño.

—Déjeme que vaya, capitán —rogó el rubio, apretando los dientes—. Ya me recuperé totalmente, y quisiera ser yo quien ventilase el asunto.

—No, Frank; tú te quedas aquí.

—¿Dónde va, señor Barrie? —preguntó Jackson.

—Creí que ya no me necesitaban.

—¿Qué va a hacer usted?

—Estoy un poco cansado y pienso quedarme en el pueblo.

—Si quiere, puede venir con nosotros.

—No, gracias.

Barrie salió fuera y Jackson lo hizo detrás de él.

En la calle había más gente que antes, y ya se veía algún riñe.

Un hombre muy alto, que se cubría con una sucia camiseta y pantalones deformados, anunció:

—Paul Ireland llegará muy pronto con sus perros capitán.

Otro hombre gritó:

—Deje que los perros lo destrocen, capitán Jackson.

—Un poco de calma, muchachos —dijo Jackson—. Escuchadme todos…

Barrie ya había echado a andar por la acera, y no pudo oír lo que estaba diciendo Jackson.

Drake estaba a la puerta del bar Spencer, en mangas de camisa, limpiándose el sudor con un pañuelo.

—Bueno, ¿es cierto lo que dicen, Barrie? Sam Harvey se escapó de la cárcel.

—No me pregunté a mí —dijo Mark, y se metió en el local yendo derecho al mostrador.

Drake llegó a su lado, riendo.

—¿Está Todavía enfadado porque le he quitado a la chica?

Mark se volvió bruscamente.

—Oiga, usted no me ha quitado a mí nada.

—Está bien, está bien. No se ponga usted así.

—Sólo quiero que me deje en paz, Drake.

—¿Es que todavía no se acuerda de que hicimos una apuesta? Le he de pasar a la chica por las narices. Usted debe ser un muchacho

deportivo, y encajará la derrota.

En aquel instante, Spencer apareció por el hueco que había detrás del mostrador.

—Un *whisky* —pidió Mark.

Drake hizo una señal para que le pusiese otro.

Mark bebió su vaso de un trago y se alejó de Drake, encaminándose a la mesa que había junto a la ventana.

Oyó a Drake que decía:

—Yo invito a mi amigo. —Luego el periodista echó a andar hacia la puerta, pero antes de salir volvió la cabeza—. Voy a ver qué pasa, pero no se vaya, Barrie. Quiero que se de cuenta de lo ridículo que es usted. —Lanzó una carcajada soez.

Mark sintió que la sangre le hervía en las venas y fue a levantarse para ir al encuentro de Drake, pero ya éste había salido del establecimiento.

CAPÍTULO XI

Mark Barrie vio marchar a Jackson y a los perseguidores con los perros otra vez en busca de Sam Harvey. Los ciudadanos estaban muy excitados.

Spencer se había asomado a la puerta para enterarse de todos los pormenores de lo ocurrido, y ahora regresó y se quedó en el umbral mirando a Barrie.

—Oiga, Spencer —dijo Mark—. ¿Dónde vive Luke Nelson?

Tuvo la impresión de que Spencer no le iba a contestar, porque hizo una mueca; pero luego debió arrepentirse y pensar que de esa forma se lo quitaba de encima.

—Calle Fisher, número 24. Es la primera transversal después de la oficina de policía.

Barrie ya conocía el camino. Fue a pagar su *whisky*, pero recordó que había sido invitado por Drake. Al pensar en el periodista, sintió que se le revolvían las tripas. Nunca había conocido a un tipo tan desagradable.

Hizo un saludo con la mano a Spencer y echó a andar nuevamente por la calle.

En la puerta de la oficina estaba Frank, el policía rubio, el cual se había puesto una tira de esparadrapo sobre la ceja herida.

—¿Le gusta pasear por nuestro pueblo, señor Barrie?

—Sí, lo encuentro distraído.

—A mí no me la pega.

—Es usted un policía entero.

A Frank no le gustó aquella respuesta. Su puño derecho se cerró.

—Tenga cuidado, Barrie. No me gusta que nadie se insolente conmigo.

Mark hizo un gesto afirmativo con la cabeza y siguió andando.

La calle Fisher estaba flanqueada por acacias.

El número 21 era un *bungalow* pintado de un color verdoso.

Se había levantado un poco de aire y la cancela del jardín chirriaba y golpeaba. Mark pasó dentro y la cerró.

Arriba, en el porche, había un sillón de mimbre y una mesa metálica un poco oxidada.

Apretó un timbre y oyó un gruñido en el interior, y luego unos pasos.

Le abrió un hombre que se cubría tan sólo con unos pantalones. Era ancho de hombros y mostraba mucho vello en el pecho. Su cara era alargada y la nariz aguileña, y le quedaba muy poco pelo sobre el cráneo.

—¿A quién busca?

—A Luke Nelson.

—Es mi hijo.

—¿Podría hablar con él?

—Está durmiendo.

—Lo siento, pero es importante.

El padre de Luke titubeó unos instantes, pero por último hizo una señal con la cabeza.

—Está bien. Pase.

Una vez dentro, el señor Nelson se acercó a una escalera y alzó la cara.

—¡Eh, Luke!

Una cama crujió en una habitación, y se oyó una voz sobresaltada:

¿Qué ocurre, papá?

Aquí hay alguien, que quiere verte.

—Si es Johnny, dile que aún no terminé de componer su radio. Lo haré luego, cuando me levante.

Mark murmuró:

—Dígale que soy el señor Barrie, el escritor.

—Dice que es el señor Barrie, el que escribe.

—¡Oh, sí, papá…! Que suba.

Nelson miró a su visitante.

—Primera puerta del corredor.

Barrie le dio las gracias y subió por la empinada escalera.

Luke lo estaba esperando junto a la puerta. Sólo se cubría con

unos calzoncillos. Su cabello estaba muy revuelto.

—Perdone, señor Barrie, pero me sorprendió durmiendo.

—No te preocupes, muchacho.

Luke se apartó para dejarle paso.

Mark vio la cama deshecha. Era una habitación pequeña. La ventana estaba abierta de par en par Sobre las paredes había muchos banderines, y en la repisa, descansaban algunos trofeos deportivos.

—¿Cuál es tu especialidad, Luke? —preguntó Barrie, sentándose en una silla.

—La pesca. Quedé subcampeón del «Club de los Piratas» el año pasado. —El muchacho se sentó en el borde del lecho—. Frank Chambers fue el campeón.

Barrie sacó la fotografía que había encontrado en el libro de tapas rojas de Zully Villard.

—Quiero que eches un vistazo a esto, Luke.

Luke cogió la fotografía y se puso a mirarla.

—Caramba, ésta parece la señorita Villard… ¿Sabe quién es?

—Si. ¿Y la otra?

Luke guardó silencio, mientras observaba a la rubia que se había fotografiado al lado de Zully.

—¡Infiernos! Parece que es ella. Yo juraría que sí… Se lo aseguro, señor Barrie. Cuando más la miro, más me parece ella.

—¿Quién, Luke? —preguntó Barrie, y se pasó la lengua por el labio inferior.

Luke apartó los ojos de la fotografía, deteniéndolos en los de Mark.

—Margaret Frick —dijo.

Barrie cerró los ojos y los abrió.

—Fíjate bien, Luke. No puedes equivocarte.

El muchacho volvió a mirar la fotografía.

—Es su misma cara. Sólo la he visto dos veces en persona: cuando llegó y cuando salió aquella mañana del hotel, pero me fijé bien en su cara. Sí, señor Barrie, es ella; sin lugar a dudas.

Mark cogió la foto y la guardó en el bolsillo.

—¿Tienes teléfono aquí, Luke?

—Sí, señor.

¿Hay inconveniente en que lo utilice?

Ninguno, señor Barrie.

Luke cogió los pantalones y empezó a ponérselos.

—Siento molestar —dijo Barrie.

—No tiene importancia. Oiga, ¿qué significa eso de que Zully Villard y Margaret Frick fuesen amigas? ¿Cree que ella pudo ayudar a Sam Harvey a matarla?

—Creo que no ocurrieron así las cosas, Luke; y, además, Zully Villard está muerta.

—¿Qué dice?

—También la asesinaron.

—¡Santo cielo…! —exclamó Luke, mientras se abotonaba.

—Oye, Luke, ¿qué te parece Frank, el policía?

—No es un tipo muy simpático que digamos.

—¿Ha nacido en el pueblo?

—No. Frank vino hace unos cuatro años por aquí, y el capitán Jackson lo empleó como agente. Según me dijeron, había sido recomendado por los Anders. Había terminado de ponerse los pantalones y abrió la puerta. —Venga conmigo. Iremos al *living* donde está el teléfono.

Bajaron por la escalera. El padre de Luke estaba sentado en un sillón.

—El señor Barrie va a hablar por teléfono, papá —anunció el chico.

El señor Nelson soltó un gruñido.

El teléfono estaba sobre una pequeña mesa; y Barrie descolgó el auricular.

—¿Sí? —Oyó al otro extremo una voz femenina.

—Señorita, quiero hablar con William Hopper, 238 de Calhoum Falls. Éste es el 374 de Centerville.

—Muy bien. No se retire.

Transcurrieron dos minutos. Barrie apartó el auricular.

El padre de Luke se había puesto en pie y se disponía a salir.

—Puede quedarse, señor Nelson —dijo, pero el hombre continuó su camino sin decir nada.

—No le haga caso —dijo Luke—. Resulta un poco insociable.

—No tiene importancia.

Desde la otra parte de la línea le llegó la voz de William Hopper.

—¿Si?

—Oye, Bill, soy Mark Barrie.

—¡Mark, muchacho! ¿Qué diablos haces en Centerville?

—Es un poco largo de contar y no tengo tiempo ahora. Tuve de hacer un alto cuando me dirigía a tu pueblo.

—¿Tienes dificultades, Barrie?

—De eso se trata. Necesito saber algo acerca de una persona; y pensé en ti y en que cuentas con medios para lograrlo.

—Adelante, chico.

—La persona de la que quiero los informes es Rose Norton, Riverside Avenue, 124, Jacksonville, Florida.

—¿Qué quieres saber?

Todo lo que sea necesario, pero has de darte mucha prisa.

Necesitaré algún tiempo.

—No puede ser, Bill. La vida de una persona depende de lo rápido que seas.

—¡Demonio, muchacho! ¿En qué clase de lío estás metido?

—Te lo contaré cuando haya recibido tus informes. Llámame al hotel «Nacional», pero procura que sea antes de las ocho.

—¡Pero, Mark…! ¡Si apenas hay tiempo!

—Dije que tú tenías medios. Eres el director de un periódico. Hasta luego, Bill.

—¡Eh, muchacho, espera!

Pero Barrie colgó sin agregar ni una palabra, y miró al joven Nelson.

—Gracias, Luke.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—Ya has hecho bastante. —Barrie recordó algo—. Oye. Luke. Me han dicho que los Anders es una familia con mucho arraigo en la comarca.

—Sí. Fueron los fundadores de Centerville.

—¿Entonces, Myriam no es una Anders?

—Por el contrario, Myriam es precisamente el descendiente directo de los Anders. —¿Luego, George…?

—Es un primo lejano de ella. Ya me entiende; pertenece a otra rama de la familia. Vino de Raleigh, Carolina del Norte. Los padres de George tenían allí una fábrica de conservas, pero George la vendió cuando le llegó en herencia. Eso ocurrió mucho antes de que se casase con Myriam. —Luke sonrió—. No crea que me gustan los

chismes, pero éste es un pueblo pequeño, y aunque uno no quiera, va sabiendo las cosas.

Mark le pegó una palmada en el brazo.

—Me has servido de mucha ayuda, muchacho.

—Debe tener cuidado.

—¿Con quién, Luke?

Luke se rascó por encima de una oreja.

—Con la gente de aquí. Si se enteran de que usted está haciendo todo esto por Sam Harvey, no les va a gustar nada; y la gente estalla por cualquier cosa. Tienen demasiado temperamento.

—Lo tendré en cuenta, Luke —repuso Mark, y se dirigió hacia la puerta.

Luke lo acompañó hasta el porche.

—Si está en un apuro, no vacile en decírmelo. Gustosamente le echaré una mano. Mark le sonrió, y se despidió de él definitivamente.

Capítulo XII

Regresó al hotel y pasó una hora fumando, yendo de un lado a otro. Finalmente volvió a la calle Mayor, encaminándose al bar de Spencer.

En el local no había nadie, a excepción del dueño, que leía un periódico tras el mostrador.

—Deme una botella de *whisky*, Spencer —pidió Barrie.

Spencer se la dio, junto con un vaso, y Mark tomó ambas cosas y se largó con ellas a la mesa de la ventana.

Se llenó un vaso e hizo desaparecer el *whisky* en su garganta.

Oyó unos pasos, y alguien entró en el local.

Levantó los ojos y vio en el umbral a Frank, el policía rubio, que le estaba mirando.

Barrie apartó la mirada y se sirvió otro vaso.

Frank echó a andar hacia la mesa y se detuvo muy cerca, al otro lado.

—Ya terminó de beber, forastero —dijo con voz ronca.

Barrie le miró a la cara.

—¿Qué le pasa, Frank?

—Le voy a expulsar del pueblo.

Mark forzó una sonrisa.

—¿Por qué, Frank?

—Usted está provocando muchos conflictos.

—He oído muchas estupideces en mi vida, pero ésta se lleva el premio.

El maxilar inferior del rubio se estremeció.

—Lo está revolviendo todo, Barrie.

—Sí, Frank. Es posible que esté haciendo eso; y, ¿sabe una cosa? Estoy aprendiendo mucho.

—¿Sobre qué?

—Acerca de la forma que trabajan ciertos elementos de la Policía.

—Todavía le faltó saber lo más importante.

—¿Qué cosa, Frank?

—Cómo se las arregla un policía pueblerino para sacar de su jurisdicción a un tipo que se cree muy vivo.

—No me voy a mover de aquí, Frank.

—En ese caso, podré detenerle.

—¿Cuál será el cargo?

—Desacato a la autoridad.

—Me produce una penosa impresión, Frank, usted habla como un policía de pega. En primer lugar, no he hecho nada malo en este pueblo.

—Claro que lo hizo.

—¿Qué fue eso?

—Se introdujo en la casa de Zully Villard por una ventana. Eso se llama allanamiento de morada. Usted dice que descubrió el cadáver.

—Sí, y me apresuré a ir a la oficina para dar cuenta de mi hallazgo al capitán Jackson.

—Pero usted permaneció un rato en la casa, y tuvo oportunidad para arreglar las cosas. —¿A qué se refiere concretamente, Frank?

—Usted pudo atrapar algo que significase una prueba.

—Eso es muy gracioso, Frank, y de buena gana solfearía una carcajada si no fuese porque el asunto es demasiado serio. ¿Para qué necesitan ustedes pruebas, si están convencidos de que Sam Harvey es su hombre?

Frank apretó los labios.

—¡Ya acabó la conversación, Barrie! ¡Levántese!… Cancelará la cuenta de su hotel, se meterá en el coche, y yo iré con usted hasta las afueras.

—Es un plan que no me gusta.

—Ha de hacerlo.

—No viajaría con usted por nada del mundo, Frank. —Viajará.

—No me gustan los accidentes de coches, y apuesto a que antes de una hora yo estaría metido entre un montón de chatarra… muerto.

Frank enseñó los dientes.

—¡Maldito sea…! ¿Me está acusando de ser un asesino?

—Sólo le leí el pensamiento, Frank.

—¿Se da cuenta de lo que dice? ¿No tiene ojos en la cara para ver mi uniforme? Soy un policía. Por última vez, levántese y venga conmigo.

Mark quedó quieto en la silla.

—No, Frank. No voy a ir.

Frank sonrió, con los ojos brillantes.

—Está bien, Barrie. Entonces le diré lo que va a pasar. Le moleré a palos, le dejaré en su coche y luego le acompañaré hasta la salida del pueblo.

—No intente tocarme, agente.

Frank rodeó la mesa y cayó sobre Barrie. Éste trató de levantarse, pero el puño derecho del rubio le golpeó en la barbilla, arrojándolo contra la pared; y como ésta se hallaba muy cerca, Mark estrelló las espaldas y se vino hacia delante.

Frank había contado con eso; lo atrapó por una muñeca y rápidamente le llevó el brazo hacia atrás.

Barrie tuvo que agacharse bruscamente para evitar que el otro le rompiese el brazo. Su cabeza golpeó la botella de *whisky*, la cual rodó por la mesa y cayó al suelo, haciéndose añicos.

Frank continuó levantando el brazo, y Barrie esperó oír el crujido de su hueso.

—¿Qué dice ahora, muchacho?

Barrie sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, pues el dolor era insoportable.

Oyó otra vez a Frank:

—Lo podría acogotar como a un conejo. ¿Va a venir conmigo, Barrie?

—No.



No pudo bloquear el segundo impacto

Frank subió el brazo una pulgada más, y Mark hizo rechinar los dientes, porque el dolor se le transmitió en ondas hasta el cerebro y allí le bajó por la espina dorsal.

El rubio soltó una risotada.

—Es usted blando, Barrie. Debió comprenderlo antes de ponerse a decir bravuconadas.

Barrie estiró lo pierna, pasándola por detrás de los pies de Frank. Le costó un infierno hacer aquel movimiento, pero al fin lo

consiguió, y entonces encogió la pierna bruscamente.

Frank lanzó un grito cuando recibió el golpe en la pantorrilla y empezó a desplomarse hacia atrás.

Barrie sabía desde un minuto antes que tendría que acompañarlo en la caída, o su brazo quedaría roto instantáneamente. Así lo hizo, dando una vuelta de campana sobre el pecho de Frank.

Frank no pudo resistir la súbita opresión en sus costillas y abrió la mano, dejando libre al joven.

Ambos se levantaron a un tiempo, y Mark vio cómo el rubio se disponía a sacar la pistola.

Disparó la pierna derecha, clavándole la puntera del zapato en el bajo vientre.

Frank se vino delante, con la pistola ya en la mano, escupiendo maldiciones. Barrie le pegó otro patadón en la muñeca armada y la pistola se deslizó por el suelo manchado de *whisky*, y finalmente golpeó contra la pared.

Frank había perdido el equilibrio, pero logró recuperarlo poniendo las manos en la mesa vecina.

Giró, bruscamente, y los dos hombres quedaron enfrentados. Ambos respiraban entre dientes.

Spencer, el dueño del bar, apoyaba los brazos en el mostrador, observando la pelea con rostro inexpresivo.

—Bien, Frank —dijo Barrie—. Ahora estamos en las mismas condiciones.

—¡Le voy a matar…! ¡Le juro que le voy a matar! —dijo Frank, y se lanzó sobre Barrie con los puños cerrados.

Barrie lo dejó llegar muy cerca y saltó a un lado, burlando un golpe y replicando con un derechazo al hígado.

Frank dio un giro completo, y entonces Mark lo cazó en el pómulo.

El rubio rodó por el suelo, dando dos vueltas antes de detenerse de bruces.

—Estése quieto, Frank —advirtió Barrie—. Es lo mejor para usted.

El policía se puso en pie, resoplando.

Spencer seguía inalterable en el mostrador.

Frank alcanzó una silla y la lanzó con todas sus fuerzas sobre Barrie, pero el escritor estaba atento y le bastó agacharse para

burlar el proyectil.

La silla golpeó contra la pared y se hizo pedazos.

Frank acometió otra vez, con los ojos desencajados.

Mark pudo bloquear el primer impacto, pero no el segundo, que recibió en el plexo solar.

Pudo darse cuenta de que Frank era un tipo muy fuerte. Retrocedió muy aprisa, desplomándose contra una mesa y cayendo al suelo.

Frank lo siguió, soltando un rugido de fiereza, y le disparó el pie a la cara.

Barrie apartó la cabeza y el filo del zapato le rozó la piel. Luego atrapó el tobillo del agente y lo hizo girar bruscamente.

Frank tuvo que volverse, al tiempo que lanzaba un aullido de dolor. Cayó otra vez de bruces al suelo, pero utilizó la otra pierna para librarse de la presa, haciendo impacto en el hombro de Barrie.

Otra vez los dos combatientes quedaron libres, y ambos se incorporaron trabajosamente, porque estaban agotados.

—La ha hecho buena, Barrie. Soy una autoridad.

—Usted sólo es basura, Frank.

—Voy a hacer que se arrepienta de haberse quedado en Centerville.

—Ande, venga aquí y convénzame.

Frank aceptó el desafío y, levantando los puños, avanzó otra vez sobre Barrie.

Mark sentía todo el cuerpo dolorido. Era un milagro que pudiera servirse del brazo que el rubio había estado a punto de romperle. Era cierto aquello de que a veces se saca fuerza de los talones cuando uno se ve en peligro. Ése era su caso; pero la pelea duraba ya demasiado y apenas podía tenerse en pie. Si ahora Frank lo cazaba con un buen golpe, estaba seguro de que no se levantaría en un buen rato, y ya sabía lo que Frank haría con él.

El rubio disparó la zurda, y Barrie saltó hacia el otro lado.

Ahora la suerte estuvo de parte de Mark, porque Frank resbaló en el *whisky* que manchaba el suelo. Eso descompuso su guardia, y Barrie comprendió que aquélla era su gran ocasión. Aunó todas sus fuerzas en el brazo derecho y lanzó el puño contra la cara de Frank. Sintió un chasquido, y cómo sus nudillos se hundían en la nariz del rubio. Luego aquella cara se despegó de su puño, y vio cómo Frank

se derrumbaba hacia atrás, golpeando con la cabeza contra la pared.

Allá quedó tendido, inmóvil, mirando al cielo raso.

Mark oyó el jadeo de su propia respiración.

Spencer dijo, desde su localidad de primera fila:

—Hacía tiempo que no veía una pelea como ésta.

Mark caminó hacia el mostrador.

—Por favor, un *whisky*.

Spencer hizo un gesto afirmativo y le sirvió un vaso, diciendo.

—Éste es por cuenta de la casa.

—Gracias —dijo Mark, bebiendo un trago.

Los labios le escocieron, y sintió como el *whisky* bajaba por su garganta; pero luego, cuando llegó al estómago, resultó reconfortante.

Spencer dijo:

—Nunca supuse que alguien pudiese vencer a Frank Chambers.

Se oyó un taconeo en la acera, y Linda Harriman entró en el local. La joven se quedó quieta, mirando el estropicio que había en el local, y, al descubrir el cuerpo inmóvil de Frank, se llevó el dorso de la mano a la cara.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí?

Spencer soltó una risita.

—El forastero arregló las cuentas a nuestro policía fanfarrón.

Linda se acercó a Mark.

—¿Por qué peleó con él?

—Discrepamos acerca de algunas cosas.

Frank empezó a moverse soltando un gemido. Spencer dijo:

—Oiga, Barrie, desde ahora me pondré muy contento cada vez que entre usted en mi local, porque es todo un tipo; pero, sinceramente, no me interesaría que acabase con los muebles de una sola sentada. Deje algo para después, ¿quiere?

Mark hizo un gesto afirmativo y cogió del brazo a Linda.

—Vamos, señorita Harriman.

Salieron a la calle; y Linda se detuvo, diciendo:

—Necesita que le compongan un poco los desperfectos.

—Lo que yo quiero es hablar a solas con usted, Linda.

Muy bien. Creo que se pueden aunar las dos cosas.

—¿De qué modo?

—Iremos al río.
—Es una estupenda idea.
Echaron a andar por la acera, y un poco más allá doblaron por una calle.
Mark vio el río del que Sam Harvey le había hablado en aquellas ruinas, donde había comenzado realmente su aventura. Era un curso de agua pequeño, aun cuando en el cauce quedaban las huellas del torrente en que se había convertido la noche anterior.
Minutos después, ambos se encontraban sentados en la hierba de la orilla.
—Tiéndase, Barrie —murmuró ella.
—Mark —dijo él.
La joven hizo un gesto afirmativo, y entonces él se acostó.
Linda mojó un pañuelo en el agua y lo pasó por la cara de Mark, quien cerró los ojos.
—¿Por qué peleó con Frank?
—Quería sacarme del pueblo.
—¿Qué motivo alegó?
—Yo estoy revolviendo.
—Eso es absurdo.
—No desde su punto de vista.
—¿Qué quiere dar a entender?
—Le estoy pisando los talones a alguien… Al asesino de Margaret Frick y Zully Villard.
La joven se interrumpió:
—¿Todavía sigue con eso, Mark?
—Todavía —repuso él, abriendo los ojos.
—¿Es que no le contaron lo que hizo Sam Harvey al fugarse de la cárcel?
—Es un cuento chino.
—Entonces, según usted, Sam Harvey tampoco ha matado a Zully.
—No.
—Tropecé con un grupo de perseguidores que han ido otra vez en busca de Sam Harvey, y me lo contaron todo.
—No es la verdad, Linda. Sam Harvey no lo ha hecho. Es tan inocente como usted o como yo.
—Me dijeron que balearían al vagabundo en cuanto le

encontrasen.

De pronto Mark se mordió el labio inferior con fuerza.

—¿Cómo no he caído antes?

—¿Qué quiere decir?

—No encontrarán a Sam Harvey, Linda.

—Llevaban a los perros de Ireland, y esos animales volverán a encontrarlo.

—No; han tomado sus precauciones.

—No entiendo una palabra.

—Yo tampoco lo había pensado hasta ahora. —Mark le cogió una mano—. Ha sido usted quien me ha traído la idea.

—¿Quiere decir de una vez de qué se trata?

Barrie se puso en pie de un salto y se quedó mirando a la joven.

Sam Harvey fue sacado de la celda a la fuerza.

—¿Qué dice?

—O también pudo ocurrir que Frank le diese un golpe, privándolo del conocimiento, y de esa forma pudo sacarlo sin que Harvey pudiera resistirse.

La joven también se puso en pie.

—Oiga, Mark, esa pelea le ha hecho daño en la cabeza y está desvariando.

—No, Linda. Me encuentro perfectamente. Es así como lo hicieron. Ellos no podían correr ningún riesgo de dejar a Sam Harvey suelto. En primer lugar, necesitaban que Sam Harvey desapareciese de la celda, y también era imprescindible para ellos tener a Sam en sitio seguro, y no correteando por ahí. Luego mataron a Zully Villard, y de esa forma se aseguraban respecto a la acusación contra el vagabundo. ¿Es que no lo comprende? Todo eso sólo quiere decir una cosa: Sam Harvey está condenado a muerte.

—Ya le dije en el bosquecillo de encinas que usted iba demasiado aprisa, Mark. Usted se está refiriendo a ellos. Por lo que usted dice, una de esas personas es Frank; pero ¿quién es la otra? ¿O es que hay más de dos?

—No, sólo hay otra.

—¿Quién es?

—No lo sé.

—¡Oh, Mark! Tiene que tranquilizarse.

—¿Es que no me acaba de oír, Linda? Sam Harvey va a ser

asesinado, lo mismo que lo fueron anteriormente esas dos mujeres.

—Pero ¿por qué le van a matar a él?

—Para todo el mundo, Sam Harvey es el asesino. Simularán que lo han encontrado en cualquier parte, y que él se resistió y entonces no tuvieron más remedio que disparar.

Ellos piensan que de esa forma todo quedará enterrado.

—Suponiendo que acierte, ¿qué remedio se le ocurre?

—Hay que evitar a toda costa que Sam Harvey muera.

—Se me ocurre una pregunta, Mark. ¿Por qué supone que le van a matar? ¿Y si ya estuviera muerto?

—No, Linda; no puede suceder eso, porque ellos esperarán a la noche para matarlo. Ahora hay demasiada gente buscándolo, y no pueden sacar a Sam del escondite donde lo han metido.

—¿Un escondite?

—Sí, está claro que han dejado a Sam en un sitio donde ellos creen tenerlo seguro. Por otra parte, existe otra razón para suponer que lo harán de noche. Ellos se creían seguros hasta hace un rato. El hecho de que Frank se decidiese a intentar sacarme del pueblo solo significa que estoy muy cerca de llegar a la verdad.

Se hizo un silencio entre los dos jóvenes, y luego Barrie se acercó a Linda y la tomó por los brazos.

—Tienes que ayudarme, Linda. Hemos de encontrar ese escondite.

—Hay muchas cuevas en la montaña.

—No, no habrán elegido ninguna de esas cuevas. Ellos contaban con que se realizaría una buena batida.

—¿Y los perros de Ireland?

También lo habrán tenido en cuenta, dejando un rastro falso. Existen unos cuantos medios para engañar a los perros. Con sólo que hayan puesto un poco de grasa sobre Harvey, habrán despistado a esos famosos canes.

—Entonces, no sé dónde puede estar Sam Harvey.

Mark se pasó una mano por el cabello.

—Existe un medio para saberlo.

—¿Cuál?

—Frank.

—¡No, Mark!

—Sí, pequeña. Él lo sabe; le haré cantar. —La cogió del brazo—.

Vamos. Pero Linda se quedó quieta.

—¿Por qué no se lo cuentas todo al capitán Jackson?

—No sabemos dónde está, y aunque lo supiera, no puedo arriesgarme.

—¿Quieres decir que también sospechas de él?

—Sospecho de todo el mundo. —Barrie hizo una pausa—. Menos de ti.

Se quedaron mirándose a los ojos, y de pronto él tiró de la joven y la apretó fuertemente contra sí, besándola en los húmedos labios.

Capítulo XIII

Entraron en el establecimiento de Spencer, pero allí sólo encontraron al dueño del bar.

El local estaba en orden.

—¿Dónde está Frank? —preguntó Mark.

Spencer se le quedó mirando, con el ceño fruncido.

—Salió poco después que usted.

—¿Le dijo dónde iba?

—No, pero se encaminó hacia la oficina. Oiga, Barrie, ¿es que le va a buscar otra vez las cosquillas?

—Ya puede estar seguro de que sí —dijo Mark; y, tirando de Linda, salieron otra vez a la calle.

La muchacha tenía que correr para seguir las largas zancadas de Mark.

Llegaron ante la oficina, y Barrie hizo girar el tirador de la puerta, pero ésta se hallaba cerrada con llave. Entonces apartó a Linda a un lado y llamó fuertemente con el puño.

—¡Eh, Frank! ¡Abra! ¡Soy yo, Mark Barrie!

Del interior no le llegó respuesta. Golpeó otra vez.

—¡Abra, Frank…! ¡Vengo a entregarme!

Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. La puerta continuó cerrada.

Mark se sintió poseído por una sorda rabia interior. ¿Por qué no había pensado antes en lo que pudo haber sido de Sam Harvey?

—Va a morir por culpa mía —pensó en voz alta.

—Frank vive un poco más adelante —dijo Linda—. Quizá esté allí.

En el camino, Linda le explicó:

—Es la pensión de la señora Angely.

Llegaron a una casa de ladrillo rojo, que estaba tres manzanas más abajo de la oficina.

A la llamada de Linda, apareció la señora Angely; una mujer de unos cincuenta años de edad, muy seca, de piel estirada.

—Venimos a ver a Frank —dijo Linda.

—Salió hace unos cinco minutos. Oiga, ¿sabe qué le pasó? Tenía la cara la mar de estropeada.

—Seguramente se peleó con alguien —repuso Linda; y se mordió el labio inferior—. ¿Sabe dónde ha ido, señora Angely?

—No, no lo dijo.

—¿Tampoco se fijó en la dirección que tomó?

—No, Linda. Yo estaba en el *living* cuando él se marchó sin despedirse.

—No hay nada que hacer —dijo Mark.

Se despidieron de la señora Angely y echaron a andar otra vez por la calle. Ahora empezaban a circular algunas personas, y Linda tenía que corresponder a los saludos que le dirigían.

—¿Qué vamos a hacer, Mark?

—Acompáñeme al hotel. Tengo que hacer una llamada.

Cuando entraron en el «Hotel Nacional» encontraron en el registro a Lionel y a Luke Nelson.

—¿Ya aquí, Luke? —dijo Mark.

—Estaba un poco nervioso y decidí pasar el rato charlando con Lionel.

—Anda, chico —le dijo Mark—. Cuando llegue a mi habitación quiero hablar con William Hopper de Calhoum Falls. Teléfono 238.

Subieron la escalera y se introdujeron en la habitación.

Mark descolgó el auricular, y oyó la voz de Luke Nelson.

—Ya está en marcha, señor Barrie. No cuelgue.

Pero empezó a transcurrir el tiempo, y al otro lado sólo se oía un zumbido.

—¿Quieres encenderme un cigarrillo, Linda? Los tengo en el bolsillo derecho de la chaqueta.

Mientras ella sacaba el paquete de cigarrillos y los fósforos, él aprovechó la oportunidad para besarla en el cuello.

Luego Linda encendió el cigarrillo y lo puso en los labios de Mark.

—¿Sí? —Oyó Barrie la voz de William Hopper.

—Soy yo otra vez, Bill; Mark Barrie.

—Quedamos en que yo te llamaría.

—Sí, muchacho, pero aquí los acontecimientos se han precipitado. Necesito esas noticias.

—¡Y un cuerno!

—Por lo que más quieras, Bill… ¿No dije que no me podías fallar?

Hopper rió, al otro extremo de la línea.

—Desde luego eres un tipo de suerte. Ni yo mismo hubiera apestado a favor de que llegasen esas noticias tan pronto, pero te advierto que me ha costado cincuenta dólares.

—Cuenta con ellos, Bill. Anda, date prisa y abre de una vez el grifo.

—Rose Norton vivió hasta hace poco en la dirección que indicas.

—¿Hasta cuándo?

—Exactamente hace dos semanas dejó la casa.

—¿Se ha dicho por qué la dejó?

—Sí; había encontrado a su marido. ¿Qué te parece? Hay gente que pierde muchas cosas, pero siempre he pensado que es difícil perder un esposo o una esposa.

—He de aclararte que esa chica está muerta.

—Lo siento, Mark. No sabía nada.

—Dime más de ella.

—El nombre de su marido es Edmund Middleton.

—¿Cuándo se casaron?

—El 3 de marzo de 1946 en el propio Jacksonville, Florida. El juez fue Desmond Newman.

—¿Hijos…? —Ninguno.

—Dame la descripción de ella.

—Rubia, esbelta y muy bella. Ya sabes, una de esas chicas atractivas por las que nos pirramos.

—¿Y él?

—Muy alto, moreno. Un tipo varonil, de guapa cara y maneras elegantes.

—¿Cuándo desapareció él?

—A los dos años de casados, un buen día Middleton dijo que iba a darse un baño de mar, y ya no volvió. Al principio se pensó que había muerto ahogado, pero nunca encontraron el cadáver.

—Has dicho que Rose Norton encontró a su marido. ¿Lo dijo ella?

—Sí, desde luego. Antes de marcharse a Jacksonville.

—¿Dónde lo encontró?

—Silenció ese aspecto de la cuestión; pero, según pudo deducir una vecina, ella recibió una carta de él o de alguna otra persona.

—¿Cómo se ganaba la vida Rose en Jacksonville?

—No de una manera muy santa. Naturalmente, mi informante dice que no hay que echarle la culpa a ella. Sufrió un rudo golpe cuando su marido la abandonó. ¿Algo más?

—Eso es todo.

—¿Cuándo vas a venir por aquí?

—Mañana a primera hora entraré en tu Redacción. Gracias, Bill. Sabía que podía confiar en ti.

Luego Barrie colgó.

—Bien, pequeña —dijo a Linda—, creo que hemos adelantado bastante. Pero todavía nos falta algo: Saber dónde llevaron a Harvey.

Se puso a pasear, bajo la mirada de la joven. De pronto se detuvo.

—¡Luke Nelson!

—¿Qué dices, Mark? Luke está abajo.

—Exactamente, pequeña. ¡Vamos con él!

Bajaron precipitadamente la escalera. Luke y Lionel estaban jugando una partida de damas sobre el escritorio, y ambos apartaron la mirada del tablero.

—Oye, Luke —dijo Barrie—. Me dijiste que Frank Chambers había quedado campeón de pesca del «Club de los Piratas».

—Sí, señor.

—He pensado que quizá Frank cuenta con una cabaña en algún lugar para su entretenimiento deportivo.

—Sí, desde luego. La construyó él mismo en un trozo de terreno que compró en el lago Forrest.

Mark miró a Linda.

—¿Conoces el lugar?

—Sí, he pasado algunas veces por allí.

—Está bien.

Dio las gracias a Luke y salieron del hotel, dirigiéndose a la calle

donde Mark había dejado estacionado el coche.

—Oye, Mark —dijo Linda, después de ocupar el asiento delantero—. ¿Acaso piensas que Frank tiene en aquella cabaña a Sam Harvey?

—Es una posibilidad.

El coche se deslizó por la calle y fue adquiriendo velocidad. Linda le indicó por dónde debía ir.

Abandonaron el pueblo por el oeste. Minutos más tarde corrían por un camino vecinal.

A lo lejos se veían las colinas llenas de pinos.

Subieron por una ladera, y cuando llegaron a lo alto, Mark pudo contemplar en el fondo las brillantes aguas del lago.

Barrie advirtió:

—Quiero detener el coche a una buena distancia de la cabaña. Avísame cuando lo creas oportuno.

Al cabo de otros cinco minutos, ella le hizo la señal, y Mark pisó el pedal del freno.

Linda se dispuso a saltar del coche, pero él la detuvo.

—Quiero que te quedes aquí, pequeña.

—Preferiría ir contigo.

—Puede ser peligroso.

Él la estrechó contra sí y la besó en la boca.

Luego abrió la portezuela y pisó las agujas de pino que alfombraban el suelo.

—Está abajo, a la derecha —dijo Linda—. Sólo tienes que seguir el sendero que tienes delante.

Mark le hizo un saludo con la mano y echó a andar por la vereda.

Vio abajo el techo de la cabaña, y se detuvo junto a un árbol.

No había ningún coche por los alrededores. Nada turbaba el silencio.

Un poco más allá había un embarcadero. Un bote se mecía en el agua, unida la proa por una maroma a un pilote.

Mark descendió sin ninguna prisa, y al llegar a la puerta de la cabaña puso la mano en el tirador y lo hizo girar suavemente.

La puerta estaba cerrada con llave.

Echó un vistazo a las ventanas, pero comprobó que tampoco se podían abrir. Bien; se había equivocado. Tendría que seguir

buscando.

Decidió dar la vuelta a la casa. Allí había otra puerta. También estaba cerrada. Iba a volverse para dirigirse a donde le esperaba Linda, cuando de pronto vio salir humo por entre algunas agujas de pino. Apartó unas cuantas, y sintió un escalofrío al ver que se trataba de la colilla de un cigarrillo.

Quedó quieto, bajo la impresión de que unos ojos le estaban observando. Con aire distraído, puso el pie sobre la colilla y apretó fuertemente hasta apagarla. Luego echó a andar ladera arriba, hacia donde había dejado el coche.

Cuando se dio cuenta de que nadie podía verle desde la cabaña, giró a la izquierda y echó a correr. Trazó un semicírculo por la ladera, y luego descendió por entre las rocas hasta ver de nuevo la cabaña. No, tampoco había nadie.

Siguió amparándose en las piedras; y luego, cuando llegó a la hondonada, se tendió en el suelo y avanzó arrastrándose suavemente hasta la parte trasera de la casa.

De pronto oyó un ruido, y la puerta, que estaba cerca de él, empezó a abrirse.

Se puso en pie, con movimientos lentos, y entonces vio aparecer a Frank Chambers.

Lanzóse sobre él, y en ese instante Frank le vio por el rabillo del ojo y empezó a volverse.

Mark cayó sobre el rubio, asestándole un puñetazo en la quijada. Chambers se desplomó en el suelo, y Barrie corrió a su lado y, antes de que el otro pudiera darse cuenta, le extrajo la pistola de la funda y se retiró tres pasos.

Comprobó que el cargador estaba repleto de balas, y quitó el seguro, apuntando a Frank.

El rubio sacudió la cabeza, porque había estado a punto de perder otra vez el conocimiento. Luego desencajó el maxilar inferior, y los ojos se le inyectaros en sangre.

—Deme esa pistola, bastardo.

—Anda, muchacho. Pasemos dentro.

—Esta cabaña es de dominio particular… ¡Es mía! ¿Lo entiendes? ¡No tiene ningún derecho a entrar aquí!

—Pórtate como un buen muchacho, si no quieres ganarte antes de tiempo lo que te has merecido. Tú y yo vamos a entrar, y no lo

vas a impedir con tu palabrería.

Frank se enderezó y, después de mojarse los labios con la lengua, dijo:

—Está bien, pero recuerde que le he advertido.

Mark le hizo una señal con la pistola.

—No estoy acostumbrado a utilizar armas de fuego y, apenas hagas un movimiento falso, apretaré el gatillo.

Entraron en una cocina. Sobre un hornillo de petróleo, que estaba apagado, había una sartén con unos trozos de tocino.

Frank dijo:

—Me estaba preparando un poco de comida.

Mark vio un pequeño corredor.

—Sigue por ahí.

Frank obedeció nuevamente. Llegaron a la habitación más espaciosa. Al fondo estaba la entrada principal de la cabaña, a la izquierda un hogar y en el centro una mesa, alrededor de la cual había cuatro sillas. Justo enfrente del hogar había otra puerta, que estaba entreabierta. A través del resquicio; Mark oyó unos gemidos.

—¿Quién está ahí? —preguntó Mark.

Los ojos del rubio se empequeñecieron hasta que sus pupilas parecieron cabezas de alfileres.

—Mírelo usted, si quiere.

—Muy bien; quédate ahí.

Mark empujó la puerta; y allá, al fondo, contra la pared, vio a Sam Harvey.

CAPÍTULO XIV

El vagabundo estaba sentado en el suelo, con los tobillos y las muñecas atadas, y amordazado con un pañuelo.

Mark Barrie apuntó otra vez con la pistola a Frank Chambers.

—Anda, chico, entra ahí y déjale libre. ¡Aprisa!

Frank se introdujo en la habitación, y agachándose sobre Harvey, le quitó la mordaza.

Harvey dio un resoplido.

—Gracias, señor Barrie. A cambio, puedo decirle quien asesinó a Margaret Frick.

—Yo también lo sé.

—¿De veras, señor Barrie?

—George Anders.

Frank le interrumpió, moviendo la cabeza.

—Usted sigue fanfarroneando.

—No, Frank; sé de qué hablo, y también estoy al corriente de que George Anders asesinó a Zully Villard.

—No puede demostrarlo.

—Creo que sí, Frank; pero quita esas ligaduras a Harvey mientras te explico la historia.

Frank se puso otra vez al trabajo de liberar a Harvey. Mientras tanto, Barrie dijo:

—George Anders se casó con Margaret Frick, cuyo verdadero nombre era Rose Norton.

Ocurrió en Jacksonville, Florida, en 1952. Por la razón que fuese, en aquella ocasión, Anders tampoco utilizó su verdadero nombre, sino el de Edmund Middleton. Posiblemente, la chica tenía algún dinero ahorrado, y Anders se daría muy buen arte para dejarla sin un centavo. Cuando se le acabó la bolsa, decidió

desaparecer; y le salió bien la cosa. Rose Norton, alias Margaret Frick, tuvo que arreglárselas sola desde entonces. Por aquel tiempo debió conocer a Zully Villard, a la que indudablemente contó su historia. Mientras tanto, nuestro amigo George Anders, alias Edmund Middleton, tuvo la suerte de casarse con la prima millonaria de la familia, con Myriam. Naturalmente, George había echado al olvido a Rose Norton. Por nada del mundo podía suponer que Rose pudiese convertirse en una dificultad para él. ¿No había tomado la precaución de casarse con ella con un nombre supuesto? Estaba seguro, muy seguro. Pero entonces se dio una de esas casualidades sin las cuales la vida sería demasiado monótona. Zully Villard, la amiga de Rose, decidió cambiar de aires y vino a parar a Centerville. Eso no hubiera tenido importancia si Zully Villard hubiese terminado con su amiga; pero, indudablemente, entre ellas se entabló una correspondencia. Yo veo así las cosas: Zully Villard mandó un periódico de Centerville a Rose Norton. Eso ya no fue tan casual, puesto que Zully Villard llevaba unos cuantos años viviendo aquí y Rose Norton, alias Margaret Frick, llegó ayer. Probablemente ese diario lo recibió Rose Norton hace tan sólo unas semanas. Antes habría recibido muchos en los cuales no habría encontrado nada de importancia, pero justamente en ése debió incluirse una fotografía de George Anders. Nos bastará con ir a la Redacción del periódico local para enterarnos. Apuesto a que con sólo que veamos los periódicos atrasados de las últimas dos semanas aclararemos el asunto.

—Usted es muy listo —contestó Frank con voz desganada.

—Rose Norton debió quedar muy sorprendida al identificar a George Anders con su marido Edmund Middleton. Pidió detalles a Zully, y ella se los dio. Entonces no tuvo ninguna duda de que había encontrado al fin a su marido.

De pronto Mark oyó una voz a su espalda.

—No se mueva, Barrie. Yo también tengo una pistola en la mano, y puede estar seguro de que le freiré a balazos antes que usted pueda dirigirme un solo disparo.

Mark se mordió el labio inferior con fuerza. El hombre que había tras él era George Anders.

—Tire esa pistola —oyó decir al marido de Myriam.

Mark abrió la mano y dejó caer el arma al suelo.

Frank atrapó la pistola y al levantarse golpeó con el cañón en el mentón de Barrie, quien escapó por el hueco, derrumbándose en la sala donde se encontraba Anders.

Barrie se puso en pie y hubiera caído otra vez, de no agarrarse a la repisa que había sobre el hogar. Miró a Anders y le vio con la cara sonriente.

—Confieso que se ha convertido usted en un problema para mí, Barrie.

—No debió matarlas, Anders.

—¿Por qué empezó a sospechar?

—Probablemente me habría largado de Centerville si no hubieran disparado contra mí cuando regresaba del bosquecillo de encinas.

—Sólo quise asustarle —dijo Anders.

—Pues cometió un error.

—Pude liquidarle a placer. Ahora me arrepiento de no haberlo hecho. —Anders siguió sonriendo—. Pero sigamos adelante. ¿Por qué sospechó de mí?

—En realidad, no fue una sospecha, sino una firme convicción de que había sido usted el asesino de las dos mujeres.

—Le estoy preguntando por qué.

—El cristal.

Anders frunció el entrecejo.

—¿El cristal?

—Sí, Zully Villard se defendió cuando usted fue a matarla; y en la lucha que se entabló, usted rompió el cristal de sus gafas.

—Creí haber recogido todos los trozos.

—No, Anders; dejó uno muy pequeño.

—No me va a hacer creer que por ese cristal lo dedujo todo.

—Zully Villard me ayudó mucho, dejando la dirección de Rose Norton detrás de una fotografía en que aparecían las dos juntas. A partir de entonces, me he limitado a pedir información.

Sam Harvey salió de la habitación a trompicones, porque Frank acababa de empujarle.

George Anders clavó los ojos en el rostro del rubio.

—¿Estás oyendo, Frank? Ha llegado a Centerville un muchacho que se las sabe todas.

Frank miró a Barrie con ojos cargados de odio.

—No va a saber nada seguro dentro de un rato.

Barrie sacudió la cabeza mirando otra vez a Anders.

—¿Por qué no completa la historia, George?

—La estúpida de Rose me escribió una carta. Me dijo que yo debería volver con ella, que era su espose legítimo y que el segundo matrimonio no tenía ningún valor legal. ¿Qué le parece? Tenía que dejar los millones de los Anders por una mujer como ella.

¿No le da risa, Barrie?

—No.

—Le contesté con otra carta, diciéndole que viniese aquí y lo arreglaríamos todo.

Naturalmente, le exigí silencio. Le decía que estaba harto de mi segunda mujer, de Myriam; que había una gran posibilidad de sacar una buena tajada, y, naturalmente, añadía que estaba muriéndome por tenerla entre mis brazos… Y ella se lo creyó todo. ¿Se va dando cuenta, Barrie? Sólo falta decirle que la había citado para esta madrugada pasada a las seis, en las afueras del pueblo, al final de la calle. Yo estaba allí y me la llevé al bosquecillo, donde la liquidé. Todo habría salido bien si no hubiese sido porque Marty Bradford me sorprendió mientras cavaba la fosa.

—No, Anders; no fue Marty Bradford, sino Sam Harvey.

—¿Cómo?

—Sam Harvey, que me quitó la cartera y fue a pasar la noche en casa de Zully Villard. Sam rogó a Zully que le guardase mi cartera y, cuando yo fui allí, ella lo negó. ¿Por qué? Naturalmente, alguno de ustedes la habría coaccionado.

—Sí, Mark, fui yo —dijo George—; y la coacción consistió en darle un fajo de billetes, exactamente mil dólares. Pero un sexto sentido me advirtió que esa hija de perra se volvería atrás. Frank estaba vigilando a Zully, y de ese modo vio salir de su casa un chiquillo, que más tarde se metió en su hotel. Fue a llevarle a usted un aviso, y eso quería decir que ella estaba dispuesta a contarle toda la historia. La traición a su amiga Rose le remordía la conciencia, y la muy imbécil no se dio cuenta de que con ello solo estaba consiguiendo una cosa: Precipitar su muerte. —Anders sacó una cartera del bolsillo y la arrojó a los pies de Marck—. Ahí tiene lo que Sam Harvey le robó.

—Gracias, Anders. Ha sido usted muy amable. Según parece,

Sam Harvey y yo vamos a continuar el camino que emprendieron Rose Norton y Zully Villard.

Frank rió.

—Oiga, usted es adivino.

—Sólo falta que me digan qué clase de relaciones les unen a ustedes.

George Anders dijo:

—Frank y yo somos antiguos conocidos de los tiempos en que yo todavía no era el esposo de Myriam Anders.

Barrie hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Parece que no tenemos salvación —dirigió una mirada a Anders—. Bueno, al menos me dejarán que muera con la cartera puesta.

Se agachó para coger la cartera, y de pronto la arrojó contra la cara de Anders, quien un segundo después apretó el gatillo.

Mark había dado un salto, y pensó que la bala le había atravesado el cuerpo, continuando luego su camino, porque oyó a sus espaldas el crujido de la madera. Luego cayó sobre Anders y ambos rodaron por el suelo.

Golpeó con todas sus fuerzas en el mentón de George, y eso le indicó que no estaba herido.

Sam Harvey estaba forcejeando con Frank.

George lanzó un gemido y quedó sin sentido; Mark atrapó rápidamente la pistola y se puso en pie.

—¡Se acabó, Frank!

El rubio quedó quieto, bajo la amenaza del arma.

De pronto la puerta se abrió de golpe y en la estancia entró el capitán Jackson, seguido por Luke Nelson, Linda Harriman y un grupo de hombres armados. Todos quedaron inmóviles al ver la escena que se ofrecía a sus ojos. Luke Nelson explicó:

—Le dije al capitán Jackson dónde podría encontrarle a usted, señor Barrie.

—Hiciste bien, hijo —sonrió Mark.

El capitán Jackson se rascó el cogote, diciendo:

—Bueno, Barrie, ¿qué le parece si nos cuenta la historia?

* * *

Mark estaba en la acera de la calle Mayor de Centerville, junto a su coche.

El capitán Jackson le alargó la mano.

—Espero que no guarde una mala impresión de nosotros.

—Todo lo contrario, capitán. Fue un placer conocerles.

Linda Harriman apareció por una esquina en compañía de Luke Nelson, el cual portaba una gran valija.

—¡Eh, señor Barrie! —gritó Luke—. Aquí tiene a su chica.

—Bien, Luke —dijo Mark—. Espero que este año quedes campeón del «Club de los Piratas».

—Seguro, Mark. Ahora no hay nadie que pueda pisarme el primer puesto.

En aquel instante Drake, el periodista, llegó por la acera y se detuvo, mirando a Mark y a Linda. Barrie echó a andar, y Drake recobró el movimiento, alejándose con mucha prisa.

Barrie se sentó ante el volante y puso en marcha el coche, que empezó a adquirir velocidad, y poco después salía del pueblo.

—¡Eh, señor Barrie! —Oyeron de pronto una voz.

Era Sam Harvey, que con una mochila a la espalda se había detenido a unas veinte yardas de la carretera.

—¡Buena suerte! —gritó el vagabundo.

Mark y Linda levantaron los brazos, despidiéndose de Sam, y entonces éste siguió su camino monte arriba.

Linda se apretó contra Mark.

—Después de todo, gracias a Sam Harvey estamos juntos.

Mark le pasó el brazo por los hombros y la besó en el cabello.

El coche siguió deslizándose por la carretera y se perdió a lo lejos, entre una nube de polvo.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).